

# Los Baroja y Nessi en *El Bidasoa*, con varios textos olvidados en este semanario irunés

MIGUEL ÁNGEL GARCÍA DE JUAN

Catedrático de Lengua Española y Literatura en Madrid  
Doctor en Filología Hispánica por la Universidad Complutense

## *Resumen:*

*El presente trabajo examina por primera vez, que sepamos, la historia del semanario irundarra El Bidasoa, nacido en 1880 y desaparecido, tras varios paréntesis, en 1967. Uno de los fenómenos que destacan al recorrer el itinerario de su existencia es la capacidad de acomodación a los distintos regímenes políticos por los que pasó España.*

*Desde que, a partir de 1912, los Baroja se instalaron durante largos períodos de tiempo en Vera de Bidasoa, el semanario mostró gran interés por hacerlos presentes en él, con el fin de aumentar su prestigio. En efecto, las noticias, entrevistas o comentarios menudearon en sus páginas. Pero es que, además de estos escritos periodísticos, se estamparon en El Bidasoa no pocas colaboraciones firmadas por Ricardo, Pío y Carmen Baroja. Si bien la mayoría de éstas son ya conocidas, había algunas a falta de rescatar de las páginas del periódico semanal irunés, recuperación que hemos realizado en los “apéndices” al final de esta investigación.*

*Palabras clave:* El Bidasoa. Semanario acomodaticio. Presencia de los Baroja. Textos recuperados.

*Laburpena:*

*Lan honek estreinakoz aztertzen du, guk dakigunez, Irungo El Bidasoa astekariaren historia. 1880an sortu zen, eta zenbait etenaldiren ostean 1967an desagertu zen. Aldizkariaren ibilbideari begiratzean, deigarria da Espainiako erregimen politiko ezberdinetara moldatzeko izan zuen gaitasuna.*

*1912tik aurrera barojatarrek egonaldi oso luzeak egiten zituzten Beran, eta aldizkariak haien berri emateko interes handia izan zuen, argitalpenaren ospea handitze aldera. Hain zuzen ere, hainbat albiste, elkarrizketa eta iruzkin agertu ziren aldizkariaren orrialdeetan. Baina, kazetaritzako idazki horiez gainera, hainbat kolaborazio argitaratu ziren El Bidasoa aldizkarian, Ricardo, Pío eta Carmen Barojak sinatuta. Kolaborazio horietako gehientsuenak ezagunak dira, baina bakan batzuk falta ziren astekari irundarretik atera eta ezagutzera emateko. Berreskuratze-lan hori egin dugu ikerlan honen amaierako eranskinetan.*

*Gako-hitzak: El Bidasoa. Astekari moldakorra. Barojatarren presentzia. Testu berreskuratua.*

*Summary:*

*This study examines, for the first time, to our knowledge, the history of the town of Irún's weekly publication, El Bidasoa. It first appeared in 1880 and disappeared, after several parentheses, in 1967. One of the phenomena that stands out, on exploring the timeline of its existence, is its capacity to accommodate the distinct political regimes that Spain went through.*

*From 1912, the Baroja family settled in Vera de Bidasoa for long periods of time and, since then, El Bidasoa showed a great interest in featuring them with the aim of raising its own prestige. In effect, its pages began to fill with news, interviews and comment about them. But it is also the case that, in addition to these journalistic writings, the weekly also published many contributions penned by Ricardo, Pío and Carmen Baroja. Although the majority of these are already known, a few remained to be recovered from the pages of the weekly newspaper, and the results of this recovery can be found in the appendices, at the end of this research paper.*

*Keywords: El Bidasoa. Accommodating weekly. Presence of Baroja. Recovered texts.*

## 1. Introducción

Tras una primera época de *El Bidasoa* (1880-1893), en que no hemos encontrado competidores en la ciudad en que se editaba, este “semanario independiente” irunés vivió una segunda, quizá la de mayor prestigio, entre 1915 y 1936, particularmente en los años anteriores al golpe de estado de Primo de Rivera. Pero ahora sí hubo de medirse con otras publicaciones radicadas en la segunda ciudad de Guipúzcoa como el semanal monárquico y católico *El Porvenir*, el liberal mensual *Aldabe*, el quincenal conservador *El Alarde* o el semanal republicano *La Frontera*.

Uno de los principales responsables de la reaparición de *El Bidasoa* en 1915 y significado colaborador en él fue el ilustre médico donostiarra Victoriano Juaristi, cuya amistad con la familia Baroja, que había adquirido pocos años antes la casona de Itzea en Vera<sup>1</sup>, resultó decisiva para atraer a los hermanos a las páginas del semanario irunés. De este modo *El Bidasoa* aumentaba su renombre frente a los rotativos competidores. En efecto, a partir de octubre de 1915, Pío, Ricardo y Carmen se hallarían presentes con una u otra frecuencia en las páginas del semanario. A registrar esa presencia y recuperar todas las colaboraciones de los Baroja olvidadas, tanto de la segunda época como de la tercera (1945-1967), se dedica la mayor parte de esta investigación.

## 2. Breve historia del semanario *El Bidasoa*

El periódico semanal irunés *El Bidasoa* nació en 1880, reinando Alfonso XII y cuando estaba al frente del Consejo de Ministros Cánovas del Castillo; un año antes de que pasara a presidirlo el liberal Práxedes Mateo Sagasta. En su cabecera se leía “Periódico no político. Defensor de los intereses morales, materiales y comerciales”<sup>2</sup>. La administración del rotativo se hallaba en la

---

(1) Mantenemos el topónimo Vera con “v”, porque así se escribió siempre en *El Bidasoa*.

(2) La presente investigación tiene su fundamento en la lectura de este hebdomedario en el Archivo Municipal de Irún. Para llevarla a cabo, como ayuda, ha resultado imposible localizar información en las historias de la prensa nacional y vasca. Es decir, ni en la *Historia del periodismo español*, vol. IV, Madrid, Editora Nacional, 1981, de Pedro Gómez Aparicio, ni en la *Historia del periodismo en España*, vol. 3, 1996, Madrid, Alianza, de María Cruz Seoane y María Dolores Sáiz, ni en *Historia del periodismo vasco (1600-2010)*, Donostia, Eusko Ikaskuntza, 2012, de Javier Díaz Noci, hemos encontrado una sola referencia al semanario *El Bidasoa*. Donde sí hemos hallado algunos detalles, aunque dispersos por sus páginas ha sido en *Irún en el siglo XX. Monografía I (1900-1936)*, de Emilio Navas, San Sebastián, Sociedad Guipuzcoana de Ediciones y Publicaciones, S. A. y Caja de Ahorros Municipal de San Sebastián,

calle Mayor 1 y 2. Aparecía los domingos y trataba de asuntos locales, comarcales, provinciales y de la frontera.

En la que puede considerarse primera época, o sea, de 1880 a 1893 sufrió una interrupción entre el 10 de octubre de 1887 y el 9 de febrero de 1889. Regía España doña María Cristina de Habsburgo y era jefe de Gobierno Sagasta. El día 10 de los últimos mes y año citados *El Bidasoa* volvió a los quioscos con el subtítulo de “Periódico semanal”, el cual se cambió dos veces: la primera por “Semanario liberal” y, luego, por “Semanario republicano”. Desde 1889 hasta el final de la que hemos considerado primer período, 13 de diciembre de 1893, tuvo su sede en la Avenida de le Estación, 4. En el primer número, tras el paréntesis de año y medio, decía “La Redacción” que el semanario tenía por objeto “defender [...] los intereses morales y materiales de nuestra querida provincia, en general, y muy especialmente los que con suma prosperidad van desarrollándose en nuestra villa y su jurisdicción en las ramas mercantil e industrial y minas, cada día más florecientes”.

La segunda época de *El Bidasoa* se extiende entre el domingo 5 de septiembre de 1915, un año después de comenzada la Gran Guerra, y el 18 de julio de 1936<sup>3</sup>. Se titulaba “Semanario independiente” y tenía su sede en la calle Berrotaran, 3. El propósito del rotativo lo firmaban en la primera página “Los Redactores” bajo el marbete “¿Se puede?” Iba a tratar de política, de moral, de filosofía, etc. Su información se centraría en Irún, Fuenterrabía, Elizondo, Vera, Echalar... Con frecuencia aparecían poemas en euskera. Un fenómeno curioso llama la atención: la ausencia casi total de referencias a la Guerra Europea, salvo al final de ésta, cuando se mostró oportunamente a favor de los que iban a triunfar y vencieron, esto es, de parte de los vecinos franceses<sup>4</sup>.

...

1977, y del mismo en la *Monografía II 1936-1959*, 1981. Navas Labiano fue secretario del Ayuntamiento de Irún desde 1924 hasta 1960. Desde 1915 colaboró en *El Bidasoa*, del que fue director varios años de la segunda época y de casi toda la tercera. En 1955 se le nombró Consejero Nacional de Prensa.

(3) Dice Emilio Navas en *Irún en el siglo XX. Monografía I (1900-1936)*, pp. 388-389, que la iniciativa correspondió al médico Victoriano Juaristi “con quien colaboraron Alfonso Morales, Isidoro Navarro, Carlos Indart (sic), Javier Esteban Indart (sic), Luis Arenzana, Ignacio Bergareche, Baldomero Martínez, Francisco Sagarzazu y Rafael Urruti”.

(4) He aquí una muestra de cómo el semanario se situó siempre a favor del viento. Hasta que no atisbó el triunfo de los aliados, no aparecieron artículos como “Cosas de la Guerra. El vencimiento de Alemania. Es indispensable la capitulación” el 27 de octubre de 1918, firmado

...

Es en este segundo período de *El Bidasoa* cuando se estamparon en él colaboraciones de los hermanos Baroja, puesto que su adquirida casa de Itzea en 1912 se hallaba dentro de la comarca regada por el río del mismo nombre.

Quienes estamparon asiduamente sus escritos en esta época firmaron con su nombre y apellido, pero también con seudónimo o abreviatura. Al primer grupo pertenecieron Eloy Iglesias, Mariano M. Mediano, Fernando Tobalina, Eladio Esparza, Pedro Mourlane Michelena, Antonio Peña y Goñi y los médicos Victoriano Juaristi y Rafael Larumbe. Al segundo, Re-la-mi-do, S. Ignotus, Yole, D. Sincero y Maese Pedro. Al último, Z-Z, X, L, E. C., R. Y.

Ya en el tercer número de esta segunda época se anunciaba para la semana siguiente la colaboración de Pío Baroja “Historia de Vera”<sup>5</sup>.

De aquí en adelante, aunque con saltos en el tiempo, aparecieron en el semanario noticias sobre los Baroja, entrevistas con ellos y colaboraciones suyas. Así, el 2 de septiembre de 1917, el doctor Victoriano Juaristi narra en “La fiesta de *El Bidasoa*” cómo conoció en ella al segundo de los hermanos, y no al primero, porque éste se encontraba muy atareado en esculpir el busto del guerrillero veratarra Fermín Leguía.

Pero sigamos con la historia de este periódico semanal irunés, pues de la cercana relación de Ricardo, Pío y Carmen Baroja con él nos ocuparemos en los dos apartados siguientes.

En el número inicial tras el golpe de mano del general Primo de Rivera el 13 de septiembre de 1923, el semanario se mostraba conforme con la nueva situación en el artículo “En un momento decisivo”: “*El Bidasoa* [...] acepta los hechos consumados, porque la realidad se impone, y se limita a pedir a Dios que el acierto ilumine el sendero que hayan de recorrer los que han

...

por R. Y. En él se pide a los americanos e ingleses que “se haga purgar los imperios centrales en las personas de sus falsos dioses, primero, y, después, a los del pueblo que ciegamente los colocó como ídolos, lo mucho que ellos hicieron padecer a los vencidos cuando fueron vencedores”. El 10 de noviembre se publicaba sin firma “Homenaje a los aliados”, título que no necesita comentario. Finalmente, acabada la guerra el 11 de noviembre R. Y. vuelve a publicar un artículo titulado “La verdadera democracia”, donde elogia al presidente norteamericano Wilson por pedir a todos los pueblos que, alcanzada la paz, establezcan el día 28 como día de oración: “Yo entiendo que es compatible creer en Dios y ser presidente de una nación poderosa e inteligente como los Estados Unidos”.

(5) Debe de ser la que llevó su autor en 1917 a *Nuevo tablado de Arlequin* con el título de “Pequeña historia de Vera de Bidasoa”. No hemos podido consultar el original, porque falta en la hemeroteca de Irún el ejemplar del día 26 de septiembre de 1915.

tomado en sus manos, en momentos tan críticos, la función de gobernar”. He aquí la primera prueba evidente de la propensión del rotativo irunés a adaptarse a los bandazos vividos en España en la primera mitad del siglo XX.

Desde la pronta condescendencia con el Directorio se pasó a las alabanzas, aunque también a las sugerencias. Así, el 30 de septiembre, en “Campaña necesaria”, se congratulaba de que el poder político controlara los precios de los alimentos y la vivienda y, siete días después, en “A unos y a otros” proponía un tratamiento especial para las corporaciones municipales vascas:

El Directorio ha decretado la supresión de todos los Ayuntamientos de España. Hemos de acatar la orden porque está inspirada en un noble deseo, pero debemos hacer constar que los municipios vascongados, por su administración recta y honrada, modelo de administraciones, pudieran merecer consideración en la medida general.

Ya el 29 de junio de 1924, el colaborador habitual de *El Bidasoa* Eloy Iglesias elogiaba la creación por Primo de Rivera de la “Unión Patriótica”, pues ese partido político albergaba, entre otros fines, el de acabar con el caciquismo y el separatismo. Además, animaba a los lectores a sumarse a él. Finalmente, se dirigía a los iruneses con estas palabras: “Ahora en el pueblo de Irún hay personalidades a quienes por prestigio y capacidad corresponde tomar la iniciativa. Ellos tienen la palabra”.

Esta declarada simpatía con el Directorio pudo ser la causa de que el rotativo irunés ignorara casi completamente el hecho sedicioso de la entrada desde Francia de republicanos armados en Vera de Bidasoa el 7 de noviembre de 1924, con la intención de cambiar el régimen en España. Sólo el 16 firmaba Miguel Bergareche una narración fabulada del fracaso de la expedición con el título “Los tristes destinos”.

Al morir el general Primo de Rivera en París el 16 de marzo de 1930, el semanario de siete días después le dedicaba casi toda la portada. Por su parte, el editorial “¡Murió!” reconocía sus aciertos y errores y manifestaba en el primer párrafo: “¡Paz a los muertos! Cayó el luchador que día tras día defendió ardorosamente la trinchera del ideal patriótico, sentido con la ciega pasión de los enamorados”.

Pero he aquí que, al caer la Monarquía en 1931, *El Bidasoa* se hace republicano. Copiamos las entusiastas palabras iniciales del editorial del 19 de abril:

Esta sí que es una fecha histórica, pues no sólo vimos los españoles un cambio de régimen, sino un cambio de régimen singular. Jamás creímos que podría advenir la República en medio del orden, de la tranquilidad con que ha llegado la Segunda República española.

Y de este modo apelaba a sus dirigentes en el párrafo final: “Como iruneses, como vascos, no queremos dejar de recordar al Gobierno provisional el Pacto de San Sebastián y así esperamos de su justicia el reconocimiento de todas las libertades del país”. Sería gran interés transcribir todos los artículos de este número de *El Bidasoa*, para comprobar su ostensible bandazo y el de firmas tan frecuentes en él como la del agente de aduanas Eloy Iglesias, pero consideramos suficiente lo reproducido del editorial de ese día, para dejar constancia del interesado giro del semanario irunés.

Como ocurrió con muchas personas, instituciones, medios escritos, etc., *El Bidasoa* fue sintiéndose defraudado por el incumplimiento de las promesas de los políticos republicanos. En tal sentido escribía Laureano Aragón Michelena las siguientes palabras en su artículo “En el tercer aniversario de la República”:

Bienvenido seas, 14 de abril de 1934, tercer aniversario de la instauración de la República, mas no cantemos albricias, ni entonemos salmos, ni tañamos aleluyas, que hoy, como ayer, como hace diez años, como hace cincuenta, para los dos tercios de españoles, España es árida y dura, férrea y atrincherada, con los emboscados tras los presupuestos de la nación, de las cuentas corrientes y de las grandes finanzas que disputan osadamente, cruelmente, una migajas al pueblo trabajador.

A pesar de las escaramuzas en Guipúzcoa el 17 de julio de 1936, como réplica del alzamiento militar de esa fecha en el norte de África, *El Bidasoa* salió a la luz el 18, pero el de éste día fue el último número de su segunda época.

Con todo, el hebdomedario irunés renacería de sus cenizas el 11 de agosto de 1945, seis años después de la instauración en España del régimen autoritario surgido tras la Guerra Civil. Esta postrera etapa se extendería hasta el 11 de agosto de 1967 y durante ella aparecería los sábados, no los domingos, como lo hacía en las dos épocas anteriores. El rótulo de debajo de la cabecera del segundo periodo “Semanao independiente” cambió por el aséptico “Tercera época”. Su sede se estableció en la calle Juan Arana 27, y la dirección la desempeñó hasta 1962 Emilio Navas Labiano, Secretario del Ayuntamiento de Irún<sup>6</sup>. El editorial del primer número:

---

(6) L. S. Seisdedos cuenta en *El Diario Vasco* del 17 de marzo de 1974, p. 34, cómo resurgió semanario en 1945. A toda plana titulaba su artículo “Emilio Navas empezó a escribir en los periódicos a los 16 años y siendo director del *El Bidasoa* fue nombrado Consejero Nacional de Prensa”.

“En el mismo sendero”, a continuación de loas a Franco, al que reconocía “como único señor después de Dios y de España”, manifestaba su deseo de ser el “exponente de la cultura y del espíritu irunés, trono de honores y de aplausos para cuantos trabajan en favor de Irún, vigía despierto para las alertas del peligro, defensor infatigable para los intereses del cuerpo y generoso motor de los intereses del alma irunesa”. O sea, una vez más orientaba sus velas a favor del viento, pues, añadía: “Estamos gustosamente identificados con nuestras autoridades provinciales y locales, cuya labor en pro de España en general y de Irún en particular, tendrá nuestra gratitud y entusiasmo”.

En esta línea de nueva acomodación al estado de cosas, *El Bidasoa* del 8 de septiembre de 1945 conmemoraba el aniversario de la liberación de Irún y Fuenterrabía por las tropas del Movimiento Nacional. La conclusión del editorial no dejaba ninguna duda sobre el lugar en que se había situado el versátil, voluble, variable... medio de comunicación irunés: en el dominio de la monarquía y el catolicismo, el cual ocuparía no pocas de sus páginas. Y es que *El Bidasoa* resucitó en 1945 al abrigo del *Diario Vasco*, periódico monárquico, católico y defensor de los fueros, dirigido, entonces, por el tafallés José Berruezo Ramírez.

En esta tercera etapa, el semanario debió de disfrutar de cierta holgura económica, pues, de sus habituales cuatro páginas de períodos anteriores y de su arranque ahora, pasó, a veces, a seis e incluso a catorce; y esto sin tener en cuenta que, con ocasión de las fiestas locales de San Marcial, lo componían varias decenas<sup>7</sup>. Fueron colaboradores asiduos del semanario en esta etapa: Luis de Uranzu<sup>8</sup>, Carlos Clavería, Alfonso F. Casademonte, José Mariscal, J. M. Díez Gómez, María Luisa Zulaika y Javier Esteban Yndart, quien firmaba también con el seudónimo de Roque Fort. Ya no se leyeron escritos del médico veratarra Rafael Larumbe (fallecido en 1925) ni de Victoriano Juaristi. En algún momento, confirmando la inclinación monárquica y católica de *El Bidasoa*, apareció la firma de José María Pemán.

---

(7) En el rastreo de *El Bidasoa* realizado en el Archivo Municipal de Irún hemos encontrado, entre otras, lagunas en la segunda mitad del año 1949.

(8) Luis de Uranzu era el seudónimo del ingeniero agrónomo Luis Rodríguez Gal, periodista y fundador en enero de 1918 de la revista mensual irunesa *Aldabe*. En ella estampó Pío Baroja alguna colaboración como “Con aire de balada”, en septiembre de ese mismo año. Este cuento había sido publicado ya por el escritor en enero, encabezando su libro *Idilios y fantasías*.



### 3. Ricardo Baroja

El mayor de los hermanos Baroja y Nessi, aunque, como es sabido, nació en Minas de Río Tinto (Huelva) el 12 de enero de 1871 por razones profesionales de su padre Serafín, se hallaba completamente enraizado por vía familiar en el País Vasco. En este territorio vasco navarro, en Vera de Bidasoa, fallecería el 19 de diciembre de 1953. Desde el punto de vista profesional y vocacional, pronto abandonó su trabajo de archivista para aplicarse a la creación artística y el cultivo de otras de sus variadas inclinaciones. una de ellas, la de escritor de novelas, piezas teatrales, cuentos, poesías y artículos periodísticos.

Centrándonos en sus colaboraciones en la prensa, según Aguiar Baixauli la primera se estampó en 1894 en la revista *Bellas Artes* con el título “La fórmula del arte” y la última, precisamente en *El Bidasoa*, el 5 de febrero de 1949, la entrega final de *Estrafalarios. ¿Novela?*, que había empezado a publicar en abril del año anterior<sup>9</sup>. Poco después, como se verá, publicó alguna más.

La atención que prestaba *El Bidasoa* desde su fundación en 1880 a la cuenca del río del mismo nombre en la que se incluye la localidad de Vera motivó su relación con los dueños de Itzea desde 1912 y la frecuente presencia en él de Ricardo, Pío e incluso Carmen Baroja.

El primogénito rubrica su primera colaboración “Vera de Bidasoa. Un acontecimiento” el 1 de noviembre de 1916, pero, antes de detenernos en los escritos de éste en el periódico semanal, consideramos oportuno dedicar un espacio al interés que *El Bidasoa* manifestó por sus personas y sus obras artísticas.

El aguafuertista, grabador, escultor... venía trabajando en la fundición del busto de Fermín Leguía desde 1917, cuya ubicación en aquella localidad navarra sucedería el 3 de agosto de 1919. Así lo anunciaba *El Bidasoa* en su

---

(9) El artículo de 1894 se publicó exactamente en el número primero de dicha revista valenciana el 7 de julio. El otro, el día 5 de febrero de 1949, en la primera página. Para un casi completo conocimiento de la producción escrita del mayor de los Baroja, véase la tesis doctoral de Silvia Aguiar Baixauli, *La obra literaria de Ricardo Baroja*, Madrid, Editorial Complutense, 1998. Falta en ella la relación y examen de muchos artículos de *La Tierra*, todos los de *El Imparcial* (de los que se ocupa el reciente artículo de la revista *Sancho El sabio*, 39, 2016, pp. 91-116, bajo el título “Ricardo Baroja, *El Imparcial* y el debate del Estatuto de Cataluña de 1932”), y los que se recuperan en esta investigación. Los primeros han sido localizados y analizados en su totalidad por Carlos Barona Martínez en “Ricardo Baroja y *La Tierra*: una política anarquista”, en Miguel Ángel Ruiz Carnicer y Carmen Frías Corredor (coords.), *Nuevas tendencias historiográficas e historia local de España*, 2001, pp. 191-204.

primera página: “Homenaje a Leguía. ¡Todos a Vera!” El segundo párrafo manifestaba: “En estas páginas han expuesto Pío y Ricardo Baroja el proceso que ha seguido la organización de la ceremonia de hoy. A estos ilustres hermanos se debe la iniciativa de la fiesta tan simpática y ciudadana”<sup>10</sup>. La semana siguiente recogía el periódico semanal los actos llevados a cabo en Vera, así como fragmentos de los discursos pronunciados por V. Juaristi, Baraibar y Paul Gaudin, en español, euskera y francés, respectivamente. Y, al final, detallaba: “Durante todo el día, la casa de los Barojas (sic) fue visitadísima por gentes que querían demostrar a sus moradores la simpatía que merecen. Todos eran acogidos cariñosamente por doña Carmen, que es la bondad personificada”.

Varios fueron los años que transcurrieron sin la presencia de Ricardo Baroja en *El Bidasoa* como autor o como noticia, pues no es hasta el 12 de abril de 1925 cuando el semanario se refiere a él, con ocasión de “La exposición y conferencia” de éste en Madrid. Tras alguna que otra alusión en años posteriores al grabador, el 7 de septiembre de 1950, Luis de Urantzú firmaba la columna “Ricardo Baroja”, en la que señalaba que el aguafuertista vivía todo el año en Itzea con sus libros, pinceles y recuerdos. De allí sólo salía para exponer sus cuadros en Madrid, Bilbao, Bayona, San Sebastián o Irún, con los que la crítica se mostraba cada vez más elogiosa. En la última exposición de las Salas Aranaz Darras “nuestro amigo ha obtenido un gran éxito”<sup>11</sup>. Todavía, antes de morir don Ricardo, *El Bidasoa* le dedicaba algunos espacios: uno, el 12 de enero de 1952, tras el fallo de un concurso de pintura en Madrid en el que obtuvo el Premio de Honor, dotado con 5000 pesetas; otro, el 7 de noviembre del año siguiente, cuando ya se encontraba gravemente enfermo. Ese día, Ayalde<sup>12</sup> llenaba toda la portada del semanario bajo el rótulo “Ricardo Baroja”. En ella hacía un emotivo elogio de su afabilidad, mérito artístico y brillantez literaria, que terminaba así: “Artista variado y de talento, a la vez que hombre sencillo y cariñoso, Ricardo Baroja es, junto a su hermano Pío, el orgullo de la cuenca bidasotarra y una fuerza intelectual poderosa, con destellos universales”.

---

(10) En la hemeroteca de Irún faltan varios números anteriores a esta fecha. Por tanto, no hemos podido llegar a los textos de los hermanos Baroja a los que se refiere el semanario.

(11) Como ya se ha indicado, Luis de Urantzú era el seudónimo de Luis Rodríguez Gal, fundador en 1918 de la revista mensual *Aldabe*.

(12) Ayalde ocultaba el nombre y apellidos del pintor oriundo de Rentería Antonio Valverde Casas.

El sábado 19 de diciembre de 1953 moría en Itzea el hermano mayor de los Baroja. Como era lógico, el número de esa fecha no recogía su fallecimiento, pero sí, casualmente, un extenso artículo del pintor irunés Bernardino Bienabe Artía, tan elogioso como el de Ayalde, titulado “Figuras del 98”<sup>13</sup>.

Por último, una semana más tarde, *El Bidasoa* daba la noticia del óbito de Ricardo Baroja, pero relegada a la cuarta página y sólo en media columna de las cuatro de que constaba. En los números posteriores no se hizo ni una sola referencia al desaparecido artista y escritor, pues el rotativo debió de pensar que ya habían cumplido lo suficiente con él, mediante las loas anteriores de Ayalde y Bienabe. Así parece desprenderse de la escueta nota del día 26:

En las columnas de este semanario se han publicado recientemente artículos de Ayalde y Bienabe Artía dedicados a la relevante figura del artista fallecido, que contaba entre nosotros con muchos y buenos amigos. Los de *El Bidasoa* le estábamos muy agradecidos, porque en repetidas ocasiones nos honró con su inestimable colaboración.

¿En qué consistió esa “inestimable colaboración”? Pues bien, registramos ahora los textos dados a conocer por Silvia Aguiar Baixauli en su ya citada tesis doctoral y, después, nos centraremos en los que permanecían olvidados hasta hoy en el semanario irundarra, los cuales reproduciremos al final de esta investigación, en el “apéndice I”.

Las colaboraciones de Ricardo Baroja en *El Bidasoa* localizadas y analizadas por Aguiar Baixauli corresponden exclusivamente a la tercera época del semanario (1945-1967) y son las siguientes: “De Lagartijo y Frascuelo” (18 de diciembre de 1946)<sup>14</sup>, “En París a principios de siglo” (18 de enero de 1947), “Enrique Matisse y Pablo Ruiz Picasso” (5 de abril de 1947), *Estrafalarios. ¿Novela?* (del 10 de abril de 1948 al 5 de febrero de 1949)<sup>15</sup>.

Por nuestra parte, hemos encontrado de esta época tres poemas y dos artículos olvidados; la primera de las poesías titulada “A María del Juncal Labandibar” (1 de septiembre de 1945), la segunda, “El fanal del pirata”

---

(13) Véase la página sexta de ese día.

(14) No ha sido posible hallar “La curiosidad castigada” en el número del 11 de enero de 1947, fecha en que lo sitúa Silvia Aguiar en la reiterada tesis *La obra literaria de Ricardo Baroja*, página 757. Tampoco en el 2 de ese mismo mes, según la página 56 de dicha tesis doctoral, pues en esa fecha no se publicó *El Bidasoa*.

(15) La narración *Carnashu* que publicó *El Bidasoa* entre el 6 de octubre de 1951 y el 5 de enero de 1952 había ocupado antes las páginas 109-167 de *Los Cuadernos de Adán*, 1945. Véase Aguiar Baixauli. p. 759.

(6 de septiembre de 1952) y la tercera “Aguafuerte Goyesca” (5 de octubre de 1952)<sup>16</sup>. Los dos artículos: “El vaso rajado” (3 de mayo de 1947) y “El metrónomo” (28 de junio de 1952) tienen, respecto a los que recuperamos también aquí de la época anterior de *El Bidasoa* (1915-1936), un carácter más serio (el autor había perdido un ojo y los políticos de la República, a cuya llegada había contribuido activamente lo habían decepcionado), son más largos y narran algo relacionado con personas ficticias de su entorno. El primero, la exagerada curiosidad de un joven apasionado por la pintura; el segundo, la creencia de un amigo suyo de que para pintar y escribir no es necesaria ninguna formación ni estudio; para la música, alguna, pero sin exageración.

Además de las composiciones líricas y narraciones enumeradas, hemos descubierto en la aludida segunda época del semanario varios textos olvidados de Ricardo Baroja, los cuales se rescatan también en “apéndice I”: “Vera de Bidasoa. Un acontecimiento” (5 de noviembre de 1916), “El monumento a Fermín Leguía en Vera” (29 de junio de 1917), “El busto de Fermín Leguía” (9 de septiembre de 1917), “El busto de Fermín Leguía” (23 de septiembre de 1917), “El final del Alarde” (2 de junio de 1918), “Un acontecimiento” (27 de octubre de 1918) y “La autonomía del Bidasoa” (8 de diciembre de 1918).

En el primero, quinto, sexto y séptimo textos late la condición festiva humorística de su autor. Los tres restantes tratan de su trabajo de forjador de la escultura de Fermín Leguía.

“Vera de Bidasoa. Un acontecimiento” cuenta cómo celebra la despedida de solteros una pareja de esta localidad. Tras la prolongada fiesta, los asistentes terminan ahitos de alcohol. A las tres de la mañana, uno de ellos camina con pie inseguro hacia su casa. El quinto narra el viaje, en una noche de lluvia pertinaz, desde Irún a la citada villa navarra de la banda que había participado en el “Alarde musical” de la primera. Subidos en la caja de un camión, formaron una especie de toldo con los paraguas, pero terminaron empapados: “cuando llegamos a Vera, parecía que habíamos hecho el viaje

---

(16) Atendiendo a la fecha del primer poema, es muy posible que fuera Ricardo el que abriera el camino a su hermana Carmen para que ésta publicara algo en *El Bidasoa*, pues el día 29 de septiembre de ese año se pudo leer en él el poema en serventesios de la menor de los Baroja “Itzea. A Carmen Monné de Baroja” y el 20 del siguiente mes “En el jardín de Vera”. Firmó el primero como “Carmen Baroja. Vera de Alzate”, y el segundo sólo como “Vera de Alzate”. Estas composiciones poéticas se publicaron años después en la antología *Tres Barojas*, Pío Caro Baroja (ed.), Pamplona, Pamiela, 1995, pp. 31-34. Aparte algunas variantes poco significativas entre las versiones del semanario y de la antología, llama la atención que en ésta se feche su escritura en el “verano de 1946”, cuando, hemos hallado su publicación un año antes en *El Bidasoa*.

en un submarino, pero no dentro del buque sino fuera”. El sexto: “Un acontecimiento”, sigue teniendo un contenido festivo, pues se refiere a la boda de Román Zabaleta y Salomé, y a la despedida de soltero de aquél en Vera, en la que corrió la bebida a raudales: “Bajas que lamentar, no hubo ninguna. Cada mochuelo se fue a su olivo. Eso sí, había algunos mochuelos que llevaban su mona —extraña amistad entre bichos tan distintos—”. El séptimo, “La autonomía del Bidasoa”, reproduce la conversación jocosa, real o ficticia, de Ricardo Baroja con un viajero chapelaundi que defiende una amplia autonomía para la comarca, porque no es ni vasca ni navarra. Dice el viajero que en caso de no ser concedida, habría que apelar al presidente norteamericano Wilson o también al bolchevismo, pues “tenemos lenines y troskis en cada caserío, en cada rincón”. Este burlesco artículo fue escrito en 1918, o sea, en pleno período de acusados movimientos autonomistas, entre 1916 y 1919, en Cataluña, País Vasco, Galicia... Haremos de nuevo referencias a ellos en el apartado cuarto de este trabajo, al detenernos en el opúsculo *Momentum Catsatrophicum* de su hermano Pío.

En las colaboraciones segunda, tercera y cuarta se ocupa su autor del modelado en bronce del busto de Fermín Leguía. Como en su casa de Vera había mucha información sobre este guerrillero, el artista decidió hacerle una escultura para ubicarla en su villa natal. El artista relataba el comienzo del proceso hasta que concluyó el modelo y lo expuso en el portal de Itzea. Al terminar el artículo segundo, su autor ofrecía la posibilidad de contar “lo que ocurra en la fundición” del busto, lo cual narró en el tercero, el día 9 de septiembre de 1917. En él contaba que las chicas de Vera habían respondido generosamente a su petición de objetos metálicos para la fundición del busto, que Ángel Garin le prestó instrumentos para llevarla a cabo y que varios empleados de la empresa de éste habían trabajado en su fabricación. Procede aclarar que este intento de modelar la parte superior del cuerpo del famoso guerrillero “El busto de Fermín Leguía, perdido por un escape del molde, fue vuelto a modelar y a fundir con éxito en la última semana de agosto en la ferrería de Olaundi de Vera de Bidasoa”<sup>17</sup>. El cuarto artículo (con ecos del costumbrismo romántico) también lo inspira la construcción del monolito dedicado a Leguía, pues trata de cómo el artista fue a Alamandoz y, tras un

---

(17) José Javier Azanza López afirma en “Escultura conmemorativa en Navarra en torno al cambio de siglo: origen y consolidación de un género”, *Ondare*, 23, 2004, p. 393, que el busto fue moldeado en 1918 “tal como puede leerse marcado a cincel, sobre parte superior del morrión”. Esta aseveración no concuerda con lo declarado por Ricardo Baroja en la aludida nota de *El Bidasoa* del 9 de septiembre de 1917.

día comiendo y bebiendo en casa del cantero Acha, éste le regaló el pedestal sobre el que se colocaría el busto del guerrillero.

Casi dos años tardó en celebrarse la exaltación e inauguración de su busto. En efecto, el 19 de agosto de 1919, en “Homenaje a Leguía. ¡Todos a Vera!”, *El Bidasoa* animaba a los lectores a acudir a la villa esa tarde. Y en el segundo párrafo recordaba: “En estas columnas han expuesto Pío y Ricardo Baroja el proceso que ha seguido la organización de la ceremonia de hoy. A estos ilustres hermanos se debe la iniciativa de fiesta tan simpática y ciudadana”<sup>18</sup>.

#### 4. Pío Baroja

Las colaboraciones del segundo de los Baroja en *El Bidasoa* fueron mucho menos frecuentes que las de su hermano mayor. Unas estaban ya publicadas, otras pasarían a libros recopilatorios o de otra clase. De cualquier modo, como se comprobará, el semanario tuvo mayor interés, al menos en su segunda época, por las noticias que provenían de D. Pío que por las que podía suscitar su hermano.

Siendo aún joven, Pío Baroja publicó su primer artículo periodístico en *La Unión Liberal* el 10 de febrero de 1890 con el título “La literatura rusa. Los cuentos populares”, y, ya muy mayor, el último, en el *ABC* del 20 de octubre de 1955, bajo el rótulo de “Homenaje a Ortega y Gasset”, con ocasión del fallecimiento del filósofo<sup>19</sup>. Entre esas fechas, sus artículos se cuentan por centenares repartidos por numerosos periódicos o revistas.

Centrándonos en *El Bidasoa*, los tres hermanos Baroja y Nessi firmaron colaboraciones en los años que van de 1915 a 1923. A partir de este último, acontecido el golpe de Estado de Primo de Rivera, siguió escribiendo en él Pío pero no Ricardo, quien, dadas sus inclinaciones republicanas, no simpatizaba con el derrotero que había tomado el semanario irunés. Por el contrario, en la última época de este rotativo, la posterior a la Guerra Civil, sólo aparecieron

---

(18) Ya hemos indicado en una nota anterior que no hemos podido consultar los números de *El Bidasoa* anteriores al 19 de agosto, al haber una laguna en la hemeroteca de Irún. Cabe señalar, por otro lado, que *El Alarde* del 13 de abril de 1919 anunciaba que en pocas semanas se inauguraría en Vera el monumento a Fermín Leguía.

(19) Véase Pío Baroja: *Literatura y periodismo en su obra*, Beatriz de Ancos Morales, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1998, pp. 484-503. Entre estas fechas, los artículos del escritor guipuzcoano, se cuentan por centenares. Bastantes de ellos siguen siendo todavía objeto recuperación; la más reciente: “Última gavilla de textos desconocidos de Pío Baroja”, *Boletín de la Real Sociedad de los Amigos del País*, LXXI, 1-2, 2015, pp. 411-446.

en él textos del aguafuertista. Las causas pudieron ser dos: la primera, que el novelista, desde 1945 a 1954, no pasó veranos en Itzea, donde sí vivió habitualmente su hermano con su mujer Carmen Monné; la segunda, la falta de simpatía con el periódico semanal, el cual se había acomodado de nuevo a la situación política, o sea, ahora a la del nacional catolicismo<sup>20</sup>.

Quizá proceda reiterar aquí que uno de los principales partícipes de la puesta en marcha de *El Bidasoa* en su segunda época fue el médico donostiarra que ejercía en el hospital de Irún Victoriano Juaristi, amigo del también doctor en medicina Pío Baroja y de su hermano Ricardo. A ellos dedica, precisamente, su artículo “Fuenterrabía” en el segundo número del semanario. Pues bien, la amistad con los veraneantes de Itzea, debió de proporcionar a éstos el camino de sus colaboraciones periodísticas<sup>21</sup>. Así, en el número tercero se anunciaba para el cuarto el escrito del segundo de los hermanos “Historia de Vera”, texto que no hemos podido leer en el periódico semanal, porque faltan en la hemeroteca del Ayuntamiento de Irún los ejemplares del 26 de septiembre al 21 de noviembre<sup>22</sup>. El 28 de noviembre y el 5 de diciembre, también de 1915, se publicó el final de la novela *Los recursos de la astucia*, “El batallón de los hombres libres”. El 28 de mayo del año siguiente pudo leerse “Pueblos del nuevo tren”<sup>23</sup>. En junio de 1917 se estampó “Los agotes”<sup>24</sup>. Por su parte, el cuento “El charcutero” se imprimió los días 16 y 23 de diciembre de ese

---

(20) Su sobrino Pío Caro decía en 1952, en “La soledad de Pío Baroja”, que su tío Pío desde la guerra pasaba los veranos en Madrid, *Crónica barojiana*, Pío Caro Baroja, Madrid, Caro Raggio, 2000, p. 41. Por su parte, Miguel Sánchez-Ostiz, aludiendo a la deteriorada relación entre Pío y Ricardo, afirma que desde 1945 a 1954, el primero no pisó la casa de Vera, *Pío Baroja, a escena*, Madrid, Espasa Calpe, 2006, p. 511. O sea, como éste murió en 1956, la relación del escritor con la comarca del Bidasoa, fue prácticamente nula en esos años.

(21) Para obtener información sobre la estrecha relación de Victoriano Juaristi con *El Bidasoa* y con los Baroja, puede leerse, de Salvador Martín Cruz: *Victoriano Juaristi Sgarzazu (1880-1949. El ansia de saber. Datos para una biografía*, Pamplona, Departamento de salud del Gobierno de Navarra, 2007, pp. 56-57.

(22) Debe de tratarse de “Pequeña Historia del Bidasoa”, llevado en 1917 a *Nuevo tablado de Arlequín*.

(23) Se trasladó a *Nuevo tablado de Arlequín* con el artículo “Los” delante de “pueblos”.

(24) “Los agotes” acaso salió a la luz el día 17, ejemplar que falta en la hemeroteca de Irun. Pasó el año siguiente a *Las horas solitarias*, “libro tercero”. Aquí lo encabezaba una explicación que decía que el día del Corpus (7 de Junio) había ido a Arizcun con los amigos Figueredo y Juaristi. Y añadía: “He escrito este artículo que se ha publicado en *El Bidasoa*”, edición de Caro Raggio, Madrid, 1982, pp. 205-213.

año, y el 2 de marzo de 1919, un fragmento de *Momentum catastrophicum*, opúsculo publicado poco antes por la editorial de su cuñado Caro Raggio<sup>25</sup>.

Como se ha adelantado más arriba, Pío Baroja siguió enviando algún escrito a *El Bidasoa*, en esta segunda época, con posterioridad al golpe de Estado de Primo de Rivera, a pesar de su desacuerdo con él general. En efecto, “Frechon o el chatarrero misántropo” se desprendió el día 7 de diciembre de 1924 de *Las figuras de cera*, novela firmada el mes precedente.

Igualmente, pero ya en periodo republicano, se desgajaron, el 7 de mayo de 1932, “El terror de la frontera” y “Nueva lucha”, partes del “primer libro” de *La familia de Errotacho*, terminado en Madrid el 31 de diciembre del año anterior.

De todo lo que se acaba de exponer se desprende con claridad meridiana que Pío Baroja no dio a *El Bidasoa* casi nada de lo que no tuviera ya publicado. Lo poco inédito que le proporcionó el novelista es ya conocido, puesto que lo recogió en libros posteriores.

Con todo, es oportuno señalar que *El Bidasoa* ofreció a los lectores, con ocasión de dos actos a los que acudió don Pío en 1928 y 1930, unas cuartillas que leyó y que permanecían ignoradas. Las palabras del primer año citado fueron pronunciadas en la reunión de “La Sociedad de los chapelaunderis” irunesa el día 11 de agosto, y las reprodujo el semanario del 19. Se encuentran a punto de publicarse, junto a otros textos también olvidados<sup>26</sup>. Las siguientes cuartillas, las del año 1930, las leyó con ocasión del homenaje al alcalde del municipio cercano de Biriattou. En el mes de julio. El novelista español acudió a la citada villa francesa, acompañando al alcalde de Vera, y en nombre de éste leyó un escrito. El *Bidasoa* del día 20 daba la noticia con este título: “Homenaje a Mr. Ilardoy [Bernard Ilhardoy] y unas cuartillas de Baroja. Puesto que se trata de otro texto caído en la desmemoria, se transcribe aquí en el “apéndice II”. El contenido de las cuartillas encierra su interés por varias razones, entre ellas, quizá la principal, la explícita simpatía con la villa y el alcalde de Biriattou por parte de una persona poco entusiasta, como se sabe, con el país vecino.

---

(25) Según Beatriz de Ancos Morales en su citada monografía, p. 494, *El Bidasoa* publicó “Limpieza de sangre” en 1918. No hemos podido localizarlo, porque se halla entre los números que faltan del 20 de enero al 21 de abril. De cualquier manera, ese título aparece encabezando el “capítulo XIII” del “libro tercero” de *Las horas solitarias*.

(26) Estas palabras de Pío Baroja se hallaban presentes ya antes, en la segunda página de *El Pueblo Vasco*, pero continuaban sin rescatar de dichos medios.



Noticias, entrevistas, anuncios de aparición de libros, comentario, etc., acerca de Pío Baroja ocuparon con frecuencia páginas en *El Bidasoa*. Para no fatigar al lector, nos detenemos en las que hemos considerado más sobresalientes y registramos en nota las secundarias<sup>27</sup>.

---

(27) El 3 de diciembre de 1916, el semanario celebra en un suelto de la primera página la salida a la luz de *La ruta del aventurero*, firmada en Itzea en octubre. La noticia se detiene en el capítulo dedicado a la bella Mary, “la de Biarritz”, que parece que ha estado muchos años encantada y Baroja en su novela la ha despertado un día, “tan graciosa a orillas del Bidasoa “. El 30 de septiembre de 1917, una columna sin firma titulada “Ni Pío” lanza un furibundo ataque contra *Juventud, egolatria* y su autor: “Nosotros le guardaremos rencor eterno, como guipuzcoanos, como donostiarra [ .]. Este hombrecillo impertinente y mal vestido va y dice en un libro que le desagradaba la idea de haber nacido en [la calle Poyuelo]”. Cuando se muera “los cronistas donostiarra no dirán ni Pío”. Este citado libro autobiográfico será motivo de que el joven exseminarista Eladio Esparza, colaborador ya en el carlista *El Correo Español* y en el semanario monárquico y católico irunés *El Porvenir*, se ocupe del novelista donostiarra los días 7, 14 y 21 de octubre de dicho año, en unos artículos divagatorios, farragosos y ostentosos bajo el título de “La feria de todo el mundo”. Entre octubre y diciembre de 1918, dedica a Baroja otra serie de artículos rotulados “En invierno al caer la tarde”. El del día 27 del primer mes citado, lo escribe aprovechando la publicación del libro de Andrenio *Novelas y novelistas*. Refiriéndose a Baroja, Esparza alaba su “amabilidad” y su natural estilo literario. Los cuatro artículos siguientes, los del 3, 10 y 24 de noviembre y 8 de diciembre, surgen de la salida a la luz ese año de *Las horas solitarias*. Continúa elogiando el estilo barojiano, pero los textos de Esparza, adolecen, como los anteriores, de un carácter disperso, prolijo y sabidillo. Ya en los primeros años treinta del siglo pasado, las cañas de Eladio Esparza se vuelven lanzas contra Pío Baroja, a causa de las críticas de éste al catolicismo y al clero. Cabe leer, siempre en la primera página. “Postales”, del 31 de octubre de 1931, del 14 de mayo de 1932 y del 15 de ese mes, pero de 1935. (Finalmente, se puede recordar su artículo en *Diario de Navarra* del 23 de julio de 1936 “Viva España”, donde cuenta cómo, recorriendo la carretera de Irún a Pamplona, vio a requetés y soldados que rodeaban en Santesteban un pequeño automóvil. Al preguntar de qué se trataba, le respondieron que habían detenido a Pío Baroja. Él pensó “¡Detenido por los requetés Pío Baroja! ¡Y en la carretera del Bidasoa, mansión de contrabandistas y carabineros!”. Es decir, cómo se ha atrevido Pío Baroja a salir de Vera en estos momentos, habiendo escrito contra el carlismo y sus pilares: Dios, patria y rey; y en un territorio tan inseguro, en el que menudean mercaderes ilegales, fuerzas del orden o revolucionarios como los que entraron por Vera de Bidasoa varias veces a lo largo de la historia. Eladio Esparza no volvería a interesarse, que sepamos, por Baroja para bien ni para mal.)

Dejando ya los escritos y actos que relacionaron a Esparza con Baroja, el 7 de diciembre de 1924, Miguel Bergareche loaba encendidamente en una colaboración la aparición de *Las figuras de cera*. Además, a su lado, se publicaba el capítulo “Frechon o el chatarrero misántropo”. El 31 de julio de tres años más tarde, la veratarra Gema firmaba en la página segunda: “Desde Vera, Pío Baroja”, artículo en el que la autora registraba una conversación en la que don Pío se lamentaba de que los domingos la gente de la villa fuera a divertirse a San Sebastián. Y es que, según él, se estaban perdiendo las costumbres de esparcimiento tradicionales. Ahora lo invaden todo el deporte y el charlestón. El 7 de noviembre de 1930, el semanario irunés anuncia una

...

Quien firmaba la columna “Pío Baroja” como “Yólimo” en el hebdome-dario irunés lamentaba en la primera página del 16 de febrero de 1919 que el novelista no le hubiera enviado el opúsculo *Momentum catastrophicum*, según se lo había prometido; en consecuencia, tuvo que comprarlo por 1,5 pesetas. “Yólimo”, aunque, por una parte, criticaba el título del opúsculo, por otra, se extendía en elogios de su estilo libre, claro y brioso<sup>28</sup>. Una semana más tarde, el mismo colaborador de El Bidasoa volvía a ocuparse de la breve publicación de Baroja, para darle la razón en que, tanto en Europa como en España, se estaba viviendo un tiempo de catástrofe, pues ni la citada “Liga” ni el Estatuto de Cataluña servían para algo, cuando lo que verdaderamente importaba era el encarecimiento que estaban sufriendo los alimentos más necesarios. Y agregaba irónicamente: “Si nos dejan solos [a los chapelaunderis], amplio terreno queda para limpiarlo de ortigas y culebras, para rotúralo, para plantar las nue-

...

conferencia del escritor para el día 9, en el teatro Bellas Artes de Irún, de la que informa extensamente el 14. Se trataba de la misma disertación que había tenido lugar el 27 de mayo en el Ateneo de San Sebastián. El 3 de octubre del año siguiente, Fernando Tobalina, en “Pío Baroja y yo”, se acogía al estilo libre y personal del novelista, con el fin de defender su modo de escribir semejante. El 18 de mayo de 1935, el semanario recogía su ingreso en La Real Academia Española seis días antes, y en señal de admiración de su “ilustre amigo” reproducía un fragmento del discurso de entrada en ella. Al llegar la Guerra Civil desaparece, como se ha dicho, *El Bidasoa*, hasta un nuevo renacer en 1945. Pues bien, transcurridos tres años de su tercera época, los días 24 y 31 de julio, Tristán rubrica dos artículos contra las opiniones “atrabilarias” de Pío Baroja, por criticar a Giovanni Papini. Así comenzaron en esta última etapa del rotativo irunés algunas aceradas recriminaciones al escritor, por parte de ciertos colaboradores militantes del nacional catolicismo. El 19 de septiembre de 1953, José María Bereciartúa Olarra firmaba una entrevista en Madrid con Pío Baroja, en la que trataba de la manera como conoció en el Paseo Rosales a la controvertida infanta Eulalia de Borbón, la cual tenía su residencia en Irún. El mismo Bereciartúa volvió al domicilio del escritor en Madrid, en noviembre de 1954, y el 13 ocupaba la conversación mantenida con él toda la página tercera del semanario bajo en marbete “D. Pío visitado el día cinco”. Cuando llegó el joven periodista (25 años) al domicilio de Baroja, se encontraba en él César González Ruano (51 años). Al relatar éste cuatro días después, en el diario *Pueblo*, deformada la reunión, insinuando que José María y su hermano, que lo acompañaba, se habían comportado de manera pesada e incluso cargante con Baroja, Bereciartúa redactó su largo escrito para *El Bidasoa* en el que contaba lo sucedido con todo detalle.

(28) Este librito de Pío Baroja apareció en enero de 1919. Los años anteriores, tanto en el exterior, con la Gran Guerra, como en el interior, con las pretensiones nacionalistas, habían sido dramáticos. Don Pío era escéptico en cuanto a la “Liga de las Naciones”, de la que se habló de forma permanente en 1918 y la que se formalizó a principios del año siguiente. Al mismo tiempo se mostró muy crítico con los propósitos de los políticos catalanes, gallegos y vascos. Sobre las aspiraciones nacionalista y regionalistas de los aludidos territorios españoles, véase *La España liberal (1816-1917)*, Manuel Suárez Cortina, Madrid, Síntesis, 2006, pp. 230-248. Los empeños autonómicos en el País Vasco entre 1917 y 1919 los detalla Santiago de Pablo en *La Patria soñada. Historia del nacionalismo vasco desde su origen hasta la actualidad*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2015, pp. 96-105.

vas plantas que florezcan lozanas en las márgenes bidasotarras”. El artículo terminaba diciendo que aún le faltaba añadir algo. Pero lo que encontraron los lectores el 2 de marzo fue un fragmento de *Momentum catastrophicum*<sup>29</sup>, no lo que había anunciado “Yólomo”. He aquí que, desde Fuenterrabía, alguien mandó a *El Bidasoa* un artículo crítico contra Baroja que había publicado la revista bilbaína *Hermes* y pedía que lo reprodujera el semanario irunés. Éste lo llevo a sus páginas el 9 de marzo y, a continuación, añadía un comentario sin firma. El aludido escrito de *Hermes*, “Chapelchiquis y chapelaundis. *Momentum catastrophicum*, por Pío Baroja”, que iba rubricado por C. de B<sup>30</sup>. lanzaba un fuego graneado contra el escritor guipuzcoano. Lo acusaba de vivir con una obsesión anticlerical, decía que su opúsculo estaba lleno de “la más completa serie de ridículos lugares comunes” y le llamaba a Baroja: “colector de los más manidos lugares comunes de ciertos horteras de la inteligencia, que aquí conocemos muy bien, da pena, honda pena”. C. de B. concluía augurándole a Pío Baroja que, si seguía por ese camino, sus lectores se irían a leer los libros de Miguel de Unamuno. No parece difícil deducir que el escrito-comentario sin firma que aparecía tras la reproducción del artículo de *Hermes* había nacido de la pluma de algún redactor guipuzcoano de *El Bidasoa*, pues calificaba, irónicamente, a los colaboradores de aquella de “ilustres cofrades vizcaínos” y situaba a Baroja por encima del bilbaíno Unamuno. El autor del aludido escrito-comentario terminaba así:

Si los nacionalistas vizcaínos no encuentran otras armas arrojadas contra Baroja que el decir que “tiene miedo a cualquier humilde frailecito” o que “se ha convertido en colector de los manidos lugares comunes de ciertos horteras de la inteligencia”, mal armados están. [...] Y en cuanto a lo de la resta de libros [por parte de Unamuno], cosa es que temen otros y no don Pío, como lo ha demostrado toda la vida fustigando a los

---

(29) Extraemos de él las siguientes palabras, a modo de blanco sobre el que se lanzaron los críticos nacionalistas: “De todos estos factores del nacionalismo, para mí, en el catalanismo y en el vasquismo influyen, más que nada, la vanidad, la antipatía y el interés”, Pío Baroja, *Momentum catastrophicum*, Madrid, Caro Raggio 1919, p. 31.

(30) Sabemos que se trata de Carlos de Baraibar por la información que aporta José Carlos Mainer en su detallado libro *Regionalismo, burguesía y cultura: revista de Aragón (1900-1905) y Hermes (1917-1922)*, Zaragoza, Guara Editorial, 1982, 158. La sorprendente ideología zigzagueante de Carlos de Baraibar la expone Santiago de Pablo en *La Patria soñada*, pp. 79-80. Respecto a la revista bilbaína, también tiene interés leer “La invención nacional de la revista *Hermes*. 1917-1922”, César Rivas Simón, *Actas del tercer encuentro de jóvenes investigadores de la AHC*, Vitoria, 2012, pp. 1-23. Es cierto que Baroja había publicado en ella, entre marzo y mayo de 1917, la novelita *El capitán mala sombra* (que pasaría a ser el comienzo de *Los contrastes de la vida*, 1920); pero la revista, con el discurrir del tiempo fue escorándose hacia una ideología ultranacionalista incompatible con la manera de pensar del novelista guipuzcoano.

americanos (¡oh, el mercado de América!), fustigando a los franceses (¡oh, el mercado y la crítica franceses!), fustigando a quien le parece bien, sin pensar en que sería más provechoso para la tripita el halagarlo<sup>31</sup>.

Esta misma simpatía de *El Bidasoa* con Pío Baroja y su familia durante su segunda época queda corroborada en el artículo de “J” “La leyenda de Jaun de Alzate” del día 9 de abril de 1922, con ocasión de la salida a la luz de la novela del mismo título. Recuerda que, cuando llegó el escritor a Vera, muchos creyeron que iba a suscitar inquietud entre la gente. Sin embargo, “el intruso ha cantado la paz y el amor, ha cobijado palomas, ha cultivado rosas y clavellinas y ha puesto un banco sosegado bajo un árbol copudo”. Lo que ha hecho Baroja es dar a conocer el país del Bidasoa, mostrando hacia él un gran cariño en muchas de sus obras, por eso, algún día el dios Thor, “como asistió al descubrimiento del broncíneo Leguía, asistirá al de una piedra grande, donde [los chapelaundis] habréis esculpido unas palabras de gratitud y loa a estos Barojas que tanto amaron el país del Bidasoa”.

Los chapelaundis (los de la boina grande) fueron en su origen aquellos asistentes imaginarios a la conferencia inventada que el ficticio bachiller Juan de Itzea pronunció en la inauguración de la supuesta “Academia, Científico, Literaria y Chapelaundiense de Cherribuztango-errecá”, la cual “transcribió” Pío Baroja en el reiterado *Momentum catastrophicum*<sup>32</sup>. Tanto agradó a algunos lectores la invención de estos personajes que quisieron darles vida ellos mismos, lo que hicieron, fundando el 8 de abril de 1926 una asociación de gentes de buen humor y excelente apetito. Dos años más tarde, el 11 de agosto de 1928, celebraron en unión de don Pío la inauguración del local de la Sociedad en la plaza Urdanibia de Irún. De la comida y de las palabras que pronunció Baroja, informaba *El Bidasoa* del 19 de ese mes, en dos columnas

---

(31) El día 16 de marzo quien firmaba como “Diburtzio de Chapeloker” escribe una “carta abrida. Pensao de chiripa”, en la que en un español calamitoso, por vulgar, e influido por el vasco, parodia el discurso de Juan de Itzea en *Momentum catastrophicum* y propone que se cree una sociedad que no la compongan ni chapelaundis ni chapelchiquis sino chapeloquerras, o sea, los de la boina torcida.

(32) A decir verdad, “los chapelaundis” ya habían sido retratados por el narrador del cuento “El charcutero (Un episodio de la historia de los chapelaundis del Bidasoa)”, *El Sol*, 23 de diciembre de 1917, pp. 1 y 2. Eran hombres de buen comer y beber y portadores de “una boina grande de estilo antiguo”. La inspiración para crear a los “chapelauundis” del Bidasoa la cuenta Pío Baroja en *Bagatelas de otoño* (1949), Madrid, Caro Raggio 1983, pp. 126-127. A diferencia del narrador de “El charcutero”, el escritor afirma que se lo sugirieron unos iruneses que fueron a Vera, no de unos veratarras que fueron a Irún.

de la portada<sup>33</sup>. Se dio la circunstancia de que reunión sirvió, asimismo, para festejar la traslación al celuloide en aquellos días de la novela *Zalacain el aventurero*. La prensa señaló que la reunión no concluyó hasta bien entrada la madrugada del día siguiente.

Los chapelaundis del Bidasoa no volvieron a hacerse presentes en el semanario irunés hasta los años posteriores a la Guerra Civil; en concreto, hasta los días 17 y 24 de febrero de 1951, cinco años y medio después del comienzo de su tercera época. Roque Fort<sup>34</sup> dedicaba tanto a ellos como a Pío Baroja numerosas y extensas páginas. El 17 recordaba que el novelista rendía en la tercera década del siglo largas temporadas en Vera y que visitaba Irún con frecuencia. Añadía que, impresionado por el buen comer y beber de algunos iruneses que con sus grandes boinas habían acudido a las fiestas de Vera de Bidasoa, imaginó un tipo de personas a las que bautizó con el nombre de chapelaundis. El título los complació tanto que se organizaron y llevaron a la práctica la “invención” barojiana. A la Sociedad que formaron le pusieron el nombre de “Los chapelaundis del Bidasoa”. En el número de la semana siguiente, continuaba Roque Fort con la historia de la “sociedad báquica”. Recordaba incluso el menú de la comida del 11 de agosto de 1928 y la vuelta a casa de Baroja en la madrugada del 12, llevado en automóvil por el señor Durán, director de la filmación que se estaba realizando de *Zalacain el aventurero*. Don Pío debió de quedar muy satisfecho de la reunión, pues el año siguiente volvió a acudir, acompañado de su sobrino Julio, a la fiesta gastronómica celebrada ahora en la campa cercana a la ermita de san Marcial. El día 3 de marzo, a continuación de nuevas referencias de Roque Fort a la Sociedad, aprovechando lo que le ha contado uno de sus miembros, añade que fue prohibida en 1939, a pesar de tratarse de una agrupación exclusivamente gastronómica.

Si el pintor Antonio Valverde, “Ayalde”, había ocupado la portada de *El Bidasoa* del 7 de noviembre de 1953 con el artículo “Ricardo Baroja”, cuando se encontraba éste gravemente enfermo, el año siguiente se acercó de nuevo a Vera y publicó el 4 de septiembre, ocupando toda la portada, “En Itzea otra vez”. Comenzaba manifestando que, hacía largo años, el segundo de los hermanos no venía a esta casa de la citada localidad navarra. A continuación

---

(33) Las cuartillas leídas por el escritor serán publicadas próximamente, junto a otros textos olvidados suyos, por *RILCE. Revista de Filología Española*.

(34) Este era el seudónimo de Javier Esteban Indart, uno de los que pusieron en marcha *El Bidasoa* en su segunda etapa junto a Victoriano Juaristi, Alfonso Morales, Isidro Navarro y Otros. Véase Emilio Navas, *Irún en el siglo XX. Monografía II (1936-1959)*, 1981, pp. 388-389.

describía, dada su condición de pintor, el paisaje que rodeaba la casona. Luego retrataba a Pío Baroja como “un viejo afable, cortés, bromoso, un poco alejado de la actualidad, un hombre de vuelta ya casi de todo”. Después contaba la charla que habían tenido sobre escultura y el recorrido realizado por las estancias de Itzea, donde hay “cuadros, estatuas y grabados”. La tarde se puso lluviosa y llegó la despedida. Don Pío se asomó a la ventana para verlos marchar y despedirlos, de nuevo, desde allí. Y concluía:

Mucho te han discutido —y te discuten— tus paisanos, pero hay algo que ninguno te podrá negar: que cantaste al país con sentimiento y acierto y con emoción mal disimulada por el humor y la sátira. Por tus libros es más conocida nuestra tierra en el mundo y más de un extraño ha aprendido a amarla a través de ellos.

Dos años después, el escritor apasionado del mundo y paisaje vascos falleció en Madrid. Era el 30 de octubre de 1956. Los lectores de *El Bidasoa* pudieron extrañarse de que habiendo tenido como margen cuatro días para destinar un amplio espacio de homenaje a Pío Baroja, sólo se recogiera la noticia de su muerte en la cuarta página del día 3 de noviembre, y en cinco breves párrafos.

La indudable simpatía (¿interesada, con alguna excepción, en esta tercera época?) que había mostrado *El Bidasoa* con el escritor pareció bifurcarse, tras su fallecimiento en dos direcciones: la de quienes siguieron reconociendo sus méritos y la de los que, sin que pudiera ya defenderse, aprovecharon la oportunidad, en la cada vez más marcada inclinación del semanario hacia el clericalismo y la religión católica, para vituperarlo. Algo de esto denunciaba Ayalde, cuando el día 10 escribía en la portada que la muerte de Pío Baroja se había recibido con frialdad, y pedía a *El Bidasoa* que le rindiera un homenaje, publicando artículos y fragmentos de quien, en *La leyenda de Jaun de Alzate*, se había definido como “un poeta aldeano, poeta humilde, de un humilde país, del país del Bidasoa”.

La primera lanzada contra el escritor guipuzcoano procedió del joven exseminarista (he aquí otro exseminarista como Eladio Esparza) Javier Aramburu en la página segunda del mismo día 10 de noviembre, “Se nos fue Baroja”, pues, a continuación de reconocer que hubiera merecido el Premio Nobel, que fue quien mejor describió el paisaje vasco e, incluso, su magisterio literario, agregaba: “No podemos [estar de acuerdo] en cuanto a su ideología. El error ideológico de Baroja es grave y profundo y procede casi siempre de la ignorancia. Su anticlericalismo se convierte fácilmente en anticatolicismo sin sentido para el hombre que conoce a fondo la materia”. He aquí el piadoso final del artículo: “Por nuestra parte, agradezcamos la belleza de su estilo y sepamos encomendar a Dios lo erróneo de su ideología”.

Pero la semana siguiente, Luis de Uranzu publicaba en las páginas sexta y séptima “Pío Baroja y *El Bidasoa*”, donde lamentaba, en la misma línea que Ayalde el día 10, que la prensa guipuzcoana hubiera dedicado poco tiempo al novelista donostiarra tras su muerte. Alababa su libertad en el vivir y el escribir, su máxima categoría literaria, sus magistrales descripciones del paisaje vasco, y añadía: “Llevó siempre una vida muy honesta, casi ascética, fue bondadoso con sus servidores y muy amable con todos los que buscaron su contacto. Un conversador ameno, que sabía escuchar y dar oportunidad para lucirse a los jóvenes escritores que lo visitaban”.

Continuando con la maestría paisajística de Baroja, el pintor Ayalde volvía a recordar con emoción el día 7 de diciembre la visita a Vera dos años atrás:

Después de una grata conversación y de visitar su casa, nos marchamos. Llovía fuerte. Antes de partir, miramos por última vez a Itzea; en la ventana, tras los velados cristales, un viejo de rala barba blanca, con boina y bufanda, nos saludaba con la mano.

(Se hizo de noche, la oscuridad es total, ya no hay rastros de azul, ni si quiera una débil luz en el paisaje.)

Quien cerró los escritos sobre Pío Baroja, tras su fallecimiento, en *El Bidasoa* fue el canónigo ordiziarra Leonardo Urteaga el 29 de diciembre. Y lo hizo de una manera lamentable en “Con todo respeto...”. Reconociendo de soslayo su “talento de narrador”, arremetía furibundamente contra su persona, casi tan condenable como la de Unamuno, pues aquél

dejó vibrando con escándalo su blasfemia impresa y su pobrísima cultura religiosa, propia de la época liberal de su siglo, sin evolución, en forma de rencores y estallidos contra frailes y curas y con un simplismo doctrinal retrógrado y trasnochado [...]. Ahí están sus blasfemias plebeyas, que no se detienen ni aun ante las figuras sagradas de Cristo y la Virgen, salpicando sus páginas constantemente.

Urteaga seguía con las andanadas contra el recién fallecido: ahora lo acusaba de nihilista y seguidor de Nietzsche, y, por tanto, de percibir la vida y las personas de modo pesimista: “Todos los héroes de Pío Baroja llegan vencidos al final y no resuelven nada, como no sea la destrucción de la esperanza”.

El canónigo de la catedral de Vitoria concluía su plática como suelen hacerlo quienes creen estar infundidos de la verdad católica y se consideran en la obligación de demostrarse y evidenciar ante los demás su bondad: “Que Dios, que perdonó al ladrón en la Cruz, sin confesarse, haya tenido misericordia de él”.

Ya hemos adelantado que *El Bidasoa* fue evolucionando paso a paso hacia un mayor enraizamiento en el régimen nacional-católico español, por lo que no extraña que, al cumplirse un año, dos tres... del fallecimiento de Pío Baroja, no se le dedique un solo recuerdo<sup>35</sup>.

## 5. Conclusión

El repaso a la historia de ochenta años de existencia del semanario irunés *El Bidasoa* que se ha llevado a cabo por vez primera en este trabajo no sólo refleja su itinerario acomodaticio a las distintas vicisitudes por las que atravesó España a finales del siglo XIX y comienzos del XX, sino también la cercana vinculación desde su segunda época con la familia Baroja y Nessi.

Los hermanos Ricardo, Pío y Carmen colaboraron, en efecto, en este periódico semanal irunés con frecuentes escritos, muchos de ellos reunidos en libros posteriores, pero algunos olvidados en sus páginas, los cuales se recuperan aquí en los “apéndices I y II”.

No podemos dejar de señalar, a la vista de las duras críticas en *El Bidasoa* de las ideas sobre la religión y el clero inmediatas a la muerte del segundo en 1956, que, a veces, la presencia de los Baroja en el semanario parece deberse más al deseo de acrecentar su prestigio literario, frente a los competidores rotativos iruneses, que a la verdadera estima de sus personas y sus obras.

## 6. Apéndices

### I

#### RICARDO BAROJA

##### 1

“Vera de Bidasoa. Un acontecimiento”. 5 de noviembre de 1916, p. 1.

Pues sí, señor Director de *El Bidasoa*. Ella, la novia es una chica morena con cuerpo de diosa, ojos negros como una noche tronada y pelo de tinta de China legítima. Él, el

---

(35) Como se dijo al principio de este trabajo, desde que *El Bidasoa* reapareció en 1945, siguió la estela de su valedor *El Diario Vasco*, el cual, el día siguiente de la muerte del escritor, decía en su portada, tras dar brevemente la noticia, tomada de la agencia Cifra: “Pero Baroja escribió la mayoría de sus novelas obsesionado por una fobia antirreligiosa que al lector le llamaba la atención. Sin venir a cuento, el escritor disparaba sus dardos envenenados, poniendo en la picota creencias, instituciones, personas. ¡Cuánto hubiera ganado la obra de Baroja si hubiera olvidado, a la hora de manejar la pluma, esas ansias que tenía su prosa de odios y sarcasmos!”.



novio, es un morroscos con sesenta y pico centímetros de hombro a hombro y una pinta de Arratiano tremenda.

Él se despidió de la vida de soltero convidando a cenar a sus amigos. Pero esto no tiene nada de particular, porque una cena que empieza a las ocho de la noche y concluye a las cuatro o a las cinco de la mañana no merece la pena que se hable de ella. ¿Total, qué? Que si los convidados salieron a la calle un poco mareados por la conversación, que si alguno andaba de medio lado, y que otro se arrimó a una pared porque, por una extraña sensación de perspectiva, la creyó inclinada y a punto de derrumbarse. Todo esto no interesa a nadie.

Lo que tuvo gracia y estuvo bien fue que el día de las proclamas los mozos del barrio donde vive la morena se habían puesto de acuerdo con las mozas y clavaron en la puerta de la novia una palanca de hierro adornada con flores, cintas, gasas, y la dejaron allí hasta el Ángelus.

Por la tarde, la novia daba un refresco a sus amigas en una galería de su casa.

El día era infernal, caían chaparrones enormes uno tras otro, pero las convidadas, que estaban bajo techo sentadas a lo largo de una mesa inacabable, se reían de las turbonadas que escupía hacia aquí la Peña del Aya. Dale que dale las chicas se entregaban al sabroso *socomusco*, al tembloroso flan, al dulce de melocotón en almíbar, abrían brechas en las grandes colinetas adornadas de flores y, sobre todo, aquello era una orgía de agua con bolado.

Era agradable, señor Director, ver tanta mano bonita sosteniendo con dos dedos el bizcocho empapado en chocolate y el dedo meñique cubierto.

Allí había muchas morenas de ésas que creeríamos nacidas en la zona tórrida si no supiéramos que habían visto por primera vez la luz del día en la vertiente sur de Larún y Cigorriaga, ambas con aspecto de valquirias escandinavas de ojos que nadan en melancolías azules, si es que las melancolías tienen color; castañas, muchachas de pelo castaño claro (claro, lo que digo, no el pelo).

Mientras las muchachas merendaban, los mozos conferenciaban con Egurri. Egurri es el bardo que canta acompañado con el tintineo de dos trozos de acero que repican en la palanca. Egurri es indispensable el día de las proclamas en toda boda ceremoniosa. Egurri comprende la importancia de su misión y es un casero que lleva muy formal delante del rostro, y a bastantes centímetros de él, la punta de su nariz netamente vascongada. Esta nariz es indispensable, da al cántico su característico timbre gangoso. Así, un oído verdaderamente vasco aprecia y quintaesencia la calidad del sonido. Sería cosa de hincharle las narices al chato que se atreviera a cantar acompañado por los hierrecillos.

Sí, sí, la nariz es necesaria al cantor popular, tan necesaria como el pico al ruiseñor, las cuerdas al violín, el parche al tamboril y al catarroso.

Egurri canta, su vascuence es de goma elástica, se estira o se encoge según las necesidades del sonido, de la música o de la rima. En una copla nos dice que la

novia virtuosa, honesta, seria, siente en estos momentos que el corazón le hace pirimpimpún, en otra copla tiene un atisbo genial. Si se casa la muchacha con un vecino de Bilbao, será señora de bilbaíno. La poética idea produce gran entusiasmo en la muchedumbre.

Se concluyen las coplas y la novia sale a la puerta de su casa con una bandeja con pasteles, pan y queso; el novio la acompaña con una botella de azumbre llena de vino. Y bajo un estupendo chaparrón que redobla en los paraguas como un trémolo de timbales, beben los mozos y los que ya dejaron de serlo ¡ay! hace largos años.

Se felicita a la dichosa pareja a grito pelado y los vivos salen estentóreos, magníficos, de las gargantas regadas con peleón de la Rivera de Navarra.

La enorme mesa donde se servía el refresco ha desaparecido en un santiamén y la gran galería se ha convertido en salón de baile.

Suenan los compases mutantes, briosos de un pasodoble y Roshali, y Carmenchu, Antoni y Marichu, Camino Shilverri, Jacobita, Dolores, Pepitacho, todas rubias, morenas, grandes y chicas, se ponen a bailar con entusiasmo.

La novia sonríe satisfecha y la mirada de sus grandes ojos acaricia a las parejas que giran en todas direcciones.

De repente, una boca fresca y roja grita “¡viva la novia!” Toda la comparsa de bailarinas cesa de balancearse durante un momento y grita a coro “¡viva!”

Y sigue la fiesta y sigue la música y siguen los “vivas”.

Pero unos cuantos amigos del novio se han apoderado de unas botellas misteriosas que guardan vino viejo y, sin reparo a su respetable ancianidad, se lo van bebiendo. Quien aficionado al dulce pica en una pirámide de pasteles y galletas, quien embiste a las rodajas de salchichón o de chorizo de Pamplona, quien, más positivista, señala la conveniencia de cenar allí mismo. Todos están en perfecto desacuerdo en la cuestión alimenticia, todos acordes en trasegar el mismo noble líquido.

La música termina por cansancio de los músicos no por el de las bailadoras y las muchachas entonan viejas canciones vascongadas. Al coro de tiples y contraltos e une la voz de un tenor que parece servir de sostén a las delicadas voces femeninas. Así, la versátil yedra, la temblorosa clemolide, la pasionaria cuajada de encantadoras flores se apoyan en el tronco del árbol poderoso. Pero ¡ay!, una chiquilla de ojos pícaros que está observando cómo beben los amigos del novio, con una vocecita maliciosa inicia: “A Levitón le gusta mucho el vino”. Y todas a coro, con el estrépito de una bandada de pájaros, contestan: “A Levitón le gusta mucho el ron”.

Y, sin embargo, los únicos amigos del novio, a pesar de la alusión, siguen copa tras opa bebiendo hasta dar fin a las botellas.

A las tres de la mañana todo Vera duerme, tan sólo un rezagado marcha con paso inseguro hacia su casa lejana. Trata de encender un cigarro con un fósforo apagado.

No puede conseguirlo. Arroja la colilla. Canturrea un poco y, luego, grita: “¡vivan los novios!”. Y se pierde en la oscuridad del camino.

R. BAROJA

## 2

“El monumento a Fermín Leguía en Vera”. 29 de junio de 1917, p. 1.

En la biblioteca de casa existe una copia de la hoja de servicios de Fermín Leguía y también están las memorias de Espoz y Mina en las que se inserta la parte del héroe de Vera relatando el asalto al Castillo de Fuenterrabía cuando las huestes de Napoleón I se habían apoderado de la fortaleza.

Entusiasmado con las proezas, pensé modelar un busto de Fermín Leguía, fundirlo y colocarlo en su villa natal.

Mi primera idea fue colocarlo en la plazoleta de la calle de Alzate.

Deseché este emplazamiento porque la estatua se hubiera destacado sobre la pared de una casucha bastante fea que ofrece al espectador un tubo al conductor de aguas sucias de escaso efecto decorativo.

Pensé que podría rodear mi obra escultórica con macizos de ciprés, de laurel o de boj, pero mientras creciera la bambalina vegetal era imposible disimular el tubito defectivo de la casa.

El mejor sitio del pueblo es el crucero de la carretera de Ibardin con la carretera general, en el ángulo de la huerta del Casino.

Solicité el permiso de los propietarios y, generosamente, me lo concedieron.

Hay que tener en cuenta que mis ideas sobre el modelo y fundido de una estatua eran ideas generales o, mejor dicho, no sabía gran cosa de las operaciones necesarias para llegar a obtener el modelo del bronce.

Animado por el dicho: “Si sale con barbas, san Antón. Y, si no, la Purísima Concepción”, encargué al herrero Ganisch un hierro en escuadra con varios agujeros, de 60 centímetros en un lado más largo. Metí alambres por los agujeros del hierro, enrollé una tela metálica y me pergeñé un armazón.

Había que recubrir el armazón con barro y Román Zabaleta me indicó que en una obra de Irún había encontrado un banco de *bustiña* fina y plástica, y quedó Román en mandarme dos sacos de arcilla irundarra.

A los pocos días llegó la arcilla, la humedecí con agua, en la que disolví dos pastillas de sublimado para que en el barro no brotaran hongos ni musgo y comencé el modelado.

No sé si el barro tenía demasiada agua, el hecho es que me embadurnaba de pies a cabeza y, cuando salía a la puerta de la casa a echar un cigarro, me preguntaban las vecinas si yo estaba blanqueando la cocina.

Pegote por aquí, rasca por allá, bajo mis manos fue saliendo poco a poco la figura. Primeramente Leguía estaba descubierto, luego le puse el morrión, que fue un tiesto encasquetado cubierto de barro.

¡Los cordones del morrión! ¡Oh! Yo desafío a todos los lectores de *El Bidasoa* a que se pongan a trenzar barro y consigan algo que se parezca a una cuerda. Di por concluido el modelo; lo miré, lo remiré y me encontré con que a Leguía le había adjudicado una cabeza desproporcionada para la escasa anchura de sus hombros.

Y vuelta a amasar barro y embadurnarme y a que los vecinos pensaran que seguía blanqueando la cocina.

Plantifiqué a mi héroe dos charreteras. Componía horriblemente con aquellos dos tacos sobre los hombros. Entonces, le cubrí una de las charreteras con una especie de capote y quedó tal cual. A todo esto, soplaba por aquellos días un bochorno terrible que agrietaba el barro.

Yo modelaba al aire libre y, de noche, dejaba mi obra cubierta con una tela mojada.

Un día, serían las cuatro de la madrugada, me despertó un trueno, levanté la cabeza de la almohada y escuché. Caía un aguacero espantoso.

¡Adiós Leguía! —exclamé—. Te habrás disuelto.

Bajé en paños menores a la huerta. Velada por las cataratas del cielo, vi al héroe con el morrión torcido medio deshecho. Los goterones del alero comenzaban a abrir brechas en el cráneo de barro.

¡Situación angustiosa la del escultor que en camisa de dormir ve diluir a su obra como azucarillo en vaso de agua! Además, hay que tener en cuenta que aquel montón de arcilla pesaba sus buenos ochenta kilos y que, sin ayuda, no podía transportarlo bajo techado.

Subía a escape a ponerme los pantalones y a llamar a la más robusta de las criadas.

Los lectores comprenderán lo necesario de la primera determinación. Siempre hay que sacrificar arte a la honestidad y no es cosa de entrar tan ligero de ropa en la alcoba de las criadas. Únicamente en caso de incendio está legitimada semejante invasión. Si yo entro allí con aquella *toilette* mínima a las cuatro de la mañana gritando: “¡chicas, que se me derrite el modelo!”, hubieran creído las sirvientas que yo estaba loco... o qué sé yo qué.

Bajamos la cocinera y yo y transportamos a Fermín Leguía a casa. El pobre héroe me miraba con cara bien triste.

Las goteras corroyeron sus mejillas como ardientes lágrimas. El morrión más parecía gorro de dormir inclinado sobre la oreja.

Restauré las ofensas del chaparrón iconoclasta y, con yeso que me envió de Fuenterrabía el amigo señor Sagarazu, me dispuse a hacer el molde de mi estatua.

La escayola es sustancia que a su cándida blancura de nieve reúne engañadora negra perfidia. Tomáis un cacharro, lo llenáis de agua, vais echando la escayola y, cuando estáis más confiados en que habéis conseguido una mezcla, clara, fluida y fina, os encontráis con que el demonio de masa aquella se petrifica con rapidez vertiginosa.

Queréis emplearla y os embadurnáis al extremo de que vuestras manos parecen pata de elefante cubiertas con guantes de boxeo. Suponiendo que los elefantes boxeen.

Tenéis que arrojar aquellos blancos pedruscos de yeso y volvéis a empezar la operación hasta que conseguís vuestro objeto a fuerza de intentonas.

Mi objeto era cubrir el busto con una capa uniforme de seis o siete centímetros de grueso.

Lo conseguí, por fin, después de llenarme de yeso de pies a cabeza.

Esto corroboró la creencia de mis vecinos de que yo me dedicaba a la albañilería.

La escayola fraguó y me dispuse a partir el molde en dos pedazos.

La operación se hacía delante de mi familia y de Aureliano Gallano y Román Zabaleta.

Entre los presente había quien creía que la operación iba a ser desastrosa.

Pero, no; lentamente las dos mitades del molde fueron desprendiéndose como las valvas de una concha y, sin rotura alguna, la operación tuvo éxito.

Yo disfruté de un pequeño momento de vanidad.

Cogí uno de los trozos, precisamente el que correspondía a la cara de la estatua, para colocarlo en un rincón.

“¡Y creían que no iba a salir bien!”, exclamé satisfecho.

No hice nada más que decirlo, cuando el molde, desprendiéndose de mis manos, se estrelló en pedazos en el suelo.

\* \* \*

El médico Gallano me miró como si quisiera hacerme una operación quirúrgica, Zabaleta soltó un taco redondo.

Pasado el primer momento de estupor, todos nos dedicamos a recoger los pedazos del molde, y, gracias a la destreza del médico, se pudo reducir la fractura con un vendaje de yeso.

La operación que venía enseguida era la de recubrir el interior del molde con una capa de cera de unos seis milímetros de espesor. La cera que la abejas fabrican en las

riberas del Bidasoa fue derretida y extendida a pincel en repetidas capas. Después de roto a golpes de escoplo el molde de yeso, fue apareciendo otra vez la figura de Fermín Leguía.

¡Pero, en qué estado!

Yo no había tenido la precaución de embadurnar el molde con agua con jabón y la cera se pegaba al yeso de manera desesperante.

Otra vez creí que mi empresa se hacía imposible. Pensé en deshacer la escayola en ácido clorhídrico, en coger la cérea efigie y arrojarla al río, en quemarla, en destinarla para encerar suelos. Por fin, el chorro violento de una manga de riego fue desincrustando las esquirlas que cubrían las órbitas, las narices, la boca de Leguía.

Ahora había que retocar el modelo de cera. Una navaja cachicuerna, un destornillador, un huevo de hierro para planchar y los boliches que una señorita del pueblo utiliza para hacer flores de trapo fueron mis herramientas. Los hierros calientes soldaron trozos de cera rajados, alisaron superficies, moldearon concavidades.

Terminé el modelo, y el domingo pasado, en que tocó la música en el barrio de Alzate, expuse mi obra al público en el portal de mi casa.

La primera persona que vio el busto fue la Pascashi, rubia, opulenta, modelo digno de Rubens.

En cuanto vio a Leguía exclamó:

—¡Jesús, que horroroso!

Pero, ¿qué le vamos a hacer? A pesar de la opinión de la hermosa rubia me dispongo a fundir la estatua. Si a los lectores de *El Bidasoa* les interesa la descripción y el relato de lo que o curra en la fundición, seré feliz de contárselo en las columnas del periódico.

Ricardo BAROJA

[Nota] Admitiré y agradeceré muchísimo toda la *chatarra* de cobre y bronce que se envíe. Almireces viejos, canillas de Cuba, calderas inservibles, siempre que procedan de las risueñas márgenes del Bidasoa.

Servirán para fundir la estatua de Fermín Leguía.

### 3

“El busto de Fermín Leguía”. 9 de septiembre de 1917, p. 2.

Si al Director de *El Bidasoa* le place insertar estas líneas, conocerán sus lectores las peripecias que han ocurrido con la estatua hasta su fundición en bronce.

\* \* \*

Aunque me tachen de inmodesto y a riesgo de hacer rabiar a alguno, diré que el elemento en el cual creo tener simpatía, es la *chavalería* femenina de Vera.

Las chicas del pueblo han respondido a mi sablazo de bronceína *chatarra* y me han enviado graciosamente una porción de objetos de metal.

Ahí va esta especie de inventario, por si al curioso lector le interesa.

Campanillas, cascabeles, una espoleta de granada francesa y otra alemana, recién venidas del frente de batalla, candeleros y palmatorias, almireces, canillas grifos, bocas de riego, soportes de lámparas, cadenas, braseros, cazos, pestillos, golos y botones de militar. Ruedas de reloj, candilejas, teteras, monedas, molinillos, calderas y una magnífica rana de bronce con la boca abierta de par en par.

Todos estos chirimbolos y una docena de planchas grabadas al agua fueron al crisol en fraterna promiscuidad.

Los proyectiles enemigos se fundieron juntos y, ahora, estrechamente unidos forman un pedazo de la efigie de Fermín Leguía.

He pensado poner los nombres de las muchachas que me han dado aquellos objetos dentro de una botella que sepultaré en los cimientos del pedestal, para que dentro de unos cuantos siglos, cuando el monumento se derrumbe y se encuentre la botella, los habitantes de este país se devanen los sesos pensando cómo serían aquella Felicita, aquella Conchita, Puri, Pepita, Filomena, Benita, Magdalena, Pascachi, Shatur; qué ojos tenían Bernardina, Pilar, Juanita, Carmen, Victori, Marichu, Paca, Anita y Salvadora.

¿Quién sabe las consecuencias que el futuro arqueólogo obtendrá de la lista encajada en la botella?

También pensé en echar a suertes entre las generosas donantes de la chatarra y, a la que designara al azar, escribirla una carta pidiéndole su mano.

Pero, qué sé yo, el temor de que no quisieran cargar con un *mutilzarra* me detuvo.

\* \* \*

Don Ángel Garin, ingeniero director de la fábrica de Vera, es hombre amable. Me ha prestado cajas de fundición, arena, herramientas y local.

El local es una enorme carbonera de la vieja ferrería Olaundi, del camino de Sara.

Para trasladar los pertrechos desde la fábrica a la ferrería, pedí el carro a un vecino y las vacas a otro.

Encima del carro echamos más de dos mil kilos de hierro y arena, y emprendimos el camino de Olaundi.

Habríamos andado unos quinientos metros, cuando se me ocurrió mirar hacia el carro.

Se me erizaron los pocos pelos que tengo en la cabeza y mi rostro adquirió el *rictus* del que presencia grandes catástrofes.

Así el combatiente ve caer sobre su cabeza el proyectil preñado de trinitolono (sic), así el marino siente hundirse bajo sus pies el poderoso acorazado de largos cañones, así Rafael Gómez ve acercarse el negro toro de afilada cuerna.

La rueda izquierda del carro, a cada vuelta, iba perdiendo su forma circular y el vehículo, aunque iba por la carretera, adquiría el balanceo del navío que surca mares tempestuosos. Una larga chimenea de palastro colocada encima se inclinaba amenazadora y su larga boca vomitaba hollín con el traqueteo.

—¡Para! ¡Para! —grité.

El carro paró. Una vuelta más de la rueda y todo se iba al suelo.

Se trajeron palancas, gatos, se sustituyeron las quebrantadas ruedas por otras más fuertes.

Volvimos a emprender la marcha y, ya en el barrio de Illecuenta, solicitamos el refuerzo de otras dos vacas.

Delante de nosotros se inclinaba la cuesta del Molino, corta pero violentísima.

Todos los chiquillos del barrio se reunieron junto al carro, empujándose, gritando, se agarraron a las ruedas para ayudar a subir el repecho.

¡Aida! ¡Aida! —gritaban los bueyerizos trincados con la mano izquierda a los cuernos, mientras hostigaban con el aguijón.

¡Aida! ¡Aida! —repite a coro la chiquillería.

Las cuatro vacas inclinan bajo el yugo la cornamenta, resoplan y sus pezuñas hendidas se abren al esfuerzo sobre los guijarros del camino.

—¡Aida! ¡Aida!

Ya falta poco, la revuelta final, y el carro crujiente bajo el peso avanza poco a poco.

—¡Aida! ¡Aida! —gritamos todos.

Suena un chasquido seco y el carro empieza a deslizarse cuesta abajo.

Dos, tres recios mocetones, se precipitan y lo detienen, el hombro apoyado a la trasera del carro, las piernas clavadas en tierra. Recios arbotantes de carne terminados en blancas alpargatas. La cadena del tiro había saltado.

Se arregló la avería y, arriba, a Olaundi.

\* \* \*



Más allá de la vieja ferrería donde establezco mi taller de fundición, desde un altozano se divisa el valle que recorre Lami-Esingo-Erreca.

En este valle, encerrado entre los montes Larun y Labiaga, nació Fermín Leguía.

Allí está Landa-Chipia, su casa natal. Allí el crucero de Portula, donde Fermín bailó los domingos bajo los frondosos castaños con las bisabuelas de las que me han dado bronce para la estatua.

Aquí, aquel chiquillo del final del siglo XVIII robaría manzanas y castañas, cogería nidos, iría por leña al monte y pescaría *chipas*, lotres y truchas en los remansos del arroyo que sirven de espejo a las *sorguiñas* en las noches de luna.

Desde algún rincón oculto por los zarzales vio Fermín pasar a los invasores en 1808 y el muchacho, con el hatillo al hombro, salió camino del mundo y de las azaras aventuras.

Ahora muere el día y la chimenea de la casa nativa de Fermín exhala tenue humo azul que se pierde lentamente en el manzanal cercano cargado de fruto.

\* \* \*

Antonio Aguirre, fundidor, Magdaleno y Juan, ajustadores, y Otamendi, ayudante, son los que van a preparar la fundición del busto ayudados por unos cuantos chiquillos, pinches espontáneos que se nos han unido.

Francisco el cantero ha construido los hornillos para calentar los crisoles, Magdaleno ha colocado las chimeneas.

Mientras Aguirre moldea apelmazando bajo su atacador de hierro arena negra húmeda, los pinches espontáneos majan arcilla, traen a la mano las herramientas, se dan empujones, se insultan en vascuence y en castellano, ríen y juegan.

Es de noche y a la luz agría del candil de carburo se ven las caras de los pilluelos de gestos picarescos. Son tunantes, fuman y echan el humo por las narices, trabajan furiosamente y tienen tiempo para intercalar en la faena algún chiste, algún pescozón al compañero.

Han descubierto la bota de vino que he llevado y la vacían en un santiamén.

A poco que los acontecimientos fueran propicios saldría de cada pinche un Fermín Leguía y el romántico de dentro de un siglo les dedicaría estatuas.

Aguirre, Juan Magdaleno y Otamendi han trabajado desde las seis de la mañana hasta las seis de la tarde y, sin embargo, tienen humor para continuar de noche esta penosa tarea.

Yo alumbro, candil en mano, voy de un lugar a otro convertido en pinche farole-ro. Así, un día y otro hasta conseguir el molde.

\* \* \*

Hemos salido Magdaleno, un pinche y yo a coger leña. Supongo que el pinche es enemigo del casero de la vecindad, porque el endemoniado chico quiere arrancar la cerca de un maizal y quemarla.

Ha desistido a regañadientes.

Nos hemos internado en el monte y, con grandes brazados de ramaje, bajamos a Olaundi.

Encendemos los hornillos. La chimenea tira. Todo va bien.

\* \* \*

El busto moldeado en cera, metido entre arena, está encerrado en una gran caja de hierro.

Rodeamos la caja con carbón encendido y así la tendremos hasta que la cera se derrita y la arena seque.

Si sale cual la operación, ¡todo perdido!

¿Tendrá razón la vieja que me dijo?

—¡Cuánto mejor sería que esa cera ardiera convertida en cirios, para que el alma de Fermín Leguía se salvara!

Quizás, sabido es que es que eso se consigue a fuerza de kilos de cera.

\* \* \*

Todo está dispuesto. Los hornillos rellenos de cok roncan, y el metal se liquida en los crisoles mientras brota llama azulada por las rendijas de la boca del horno.

Ahora o el éxito, o la más monumental de las planchas de bronce.

\* \* \*

¡¡¡Plancha de bronce!!!

Ricardo BAROJA

(Nota): El busto de Fermín Leguía perdido por un escape del molde fue vuelto a modelar y a fundir con éxito la última semana de agosto en la ferrería Olaundi de Vera de Bidasoa.

“El busto de Fermín Leguía”. 23 de septiembre de 1917, pp. 1 y 2.

Se trataba de encontrar un pedestal para el busto.

Yo pensé cortar un risco en el monte Larun, un buen bloque de esas *pudingas* conglomeradas de canto rodado y tal como lo ofrece la Naturaleza, con todos sus musgos, líquenes verdinegros, y clavarlo como un *menhir* en el crucero de Estegarra y poner el busto encima. Hubiera estado bien ese pañito rústico cortado en la montaña que domina el país de Fermín Leguía.

Lo difícil era el transporte.

No es posible bajar por los caminejos de la montaña los tres o cuatro mil kilogramos que pesaría la mole de piedra.

Muchas veces me rasqué la cabeza para ver si a fuerza de uñas me brotaba una idea que resolviera las dificultades. Consulté a los más audaces bueyerizos del país, a los canteros más diestros y todos opinaron que el transporte era imposible so pena de arriesgarme a aplastar un par de yuntas.

Mi entusiasmo por el pedrusco no llegaba a tanto.

Un amigo me dijo: “Vaya usted a Almandoz y vea usted a Acha el cantero. Acha arranca enormes bloques de mármol en los montes de Almandoz y los transporta a San Sebastián y a Pamplona”.

Fui a Almandoz y me presenté al cantero el día de San Pedro, patrón del pueblo.

El cantero me recibió amablemente. Llegué a su casa a eso de las once de la mañana y la familia de Acha, temiendo que yo sintiera debilidad producida por el viaje, me hizo tomar una gran taza de caldo en la que nadaban rodajas de pan. Encima, un par de trozos de tinto de la Ribera. Con este tente en pie, ingerido a la once de la mañana, pude llegar sin flato ni desmayo a las doce, hora de comer.

Los mocetones, hijos del cantero, y un sobrino mi compañero de viaje, se sentaron conmigo a la mesa, presididos por el padre; se llenaron los vasos, se cortó el pan y llegó la sopa.

Una estupenda sopa de fideos amarilla como a mí me gusta. Se colmaron los platos soperos hasta el borde.

Al sabor de la gallina bien cebada se unía en amable consorcio la sustancia extraalimenticia del carnero.

La sopa pasó y, con ella, sentí la sensación de plenitud que se experimenta después de una comida suculenta. Pero aquello no era más que una preparación para lo que iba a venir.

¡Potaje!, potaje de judías con morcilla en una fuente; ¡berza!, berza con *chungur*, en otra. Se hizo la mezcla; quién más potaje, quién más berza. Yo, como forastero, comí galantemente tanto como el que más de potaje, tanto como el que más de berza.

Había que hacer los honores y se hicieron. El vino oscuro de la Ribera sorbido en grandes tragos se encargaría de activar la disolución de aquellos manjares.

El cocido de aquellos garbanzos manchado de rojo por el chorizo, de negro por la sangre, en el que el tocino pone la nota nacarada necesaria para la armonía del color, fue despachado en un instante. Plato poco castizo en este país, no es más que un pretexto para indicar de qué ingredientes se ha compuesto la sopa y reconocerlos gastronómicamente.

Las llamadas *tripochas* son unas especies de tortillas pequeñas del tamaño de la palma de la mano, de las que hay que servirse dos o tres para tomarles gusto, es cosilla agradable y ligera.

Unas gallinas guisadas con las infladas pechugas que brotan entre guisantes fueron despedazadas y sometidas concienzudamente al molimiento de nuestras poderosas mandíbulas; y, después de las aves, hicieron su aparición las truchas, ¡las célebres truchas de Velate!

Quien no ha comido truchas de Velate no ha comido truchas.

Se trata de un pez de carne rosada apretada, magnífica.

Delante de mí, el cantero Acha colocó acostada en mi plato un trucha que sacaba toda la cabeza por un lado y ocho dedos de cola por el otro.

El lector comprenderá que el animalito pesaría una libra corrida.

Pues bien, no quedó más que la raspa, se la dediqué al gato que se agarraba por debajo de la mesa a mis pantalones. ¿Después? ¡Ah! sí, cordero asado.

Bizcochada a grandes dosis y arroz con leche dieron digno remate a la comida. Enseguida entramos en el capítulo del café, es decir, de los repetidos cafés, de las repetidas copas de ron, un famoso ron, por cierto, fuerte, muy apto para conseguir perfecta digestión.

A las cuatro estábamos, con la penúltima media copa, en ese estado de plácida serenidad que produce la conciencia tranquila.

Era ridículo hablar de pedestales ni estatuas, más bien sentíamos la necesidad de gastar nuestra actividad en ligerezas.

Canciones, anécdotas curiosas, buenas para esperar la hora de la merienda. No era cosa de salir de casa, porque llovía si Dios tenía qué, Así que sosegadamente esperamos a que dieran las cinco y merendamos alguna friolera: chocolate, el caminero; vaso de leche, el de estómago débil; una fritadilla, los más. Fútil pretexto para apaciguar el ardor de estómago con un par de tragos.

Yo, la verdad, sentí que, a pesar de los chaparrones, bailaba la gente en la plaza, pero no me asomé a ver a los bailarines porque, si todos los de Almandoz habían tragado como yo, no podrían bailar muy ligeramente. Los jóvenes se marcharon. La vivaracha juventud se desasosiega permaneciendo más de seis horas sentada en la mesa.

Los entrados en años, más necesitados de reposo, podemos, sin gran esfuerzo, empalmar una comida con la merienda y con la cena.

El mal tiempo, como he dicho, convidaba a seguir bajo techado y así permanecimos hasta la hora de cenar.

Suculenta fue la colación despachada concienzudamente como preliminar del largo trabajo de dormir hasta la siguiente mañana.

Me condujeron al cuarto. Una gran cama en forma de barco me esperaba con sus blancas sábanas.

Me acosté y, sea por la idea de que la cama tenía forma de barco o por otra cosa, el hecho es que me figuré en el transcurso efímero de la vigilia al sueño, que me balanceaba en la cama y hasta que ésta y toda la habitación daban vuelta sobre un eje.

¡Extraña impresión! Un aprensivo la achacaría al tinto de la Ribera o al ron. Yo no sé a qué atribuirlo como tampoco sé la causa del sueño que me atormentó toda la noche.

Soñé que el pedestal de la estatua de Fermín Leguía lo tenía yo colocado sobre la boca del estómago y, en vez de estatua, se levantaba encima una trucha de Velate fundida en bronce...

Mas ya la Aurora de rosados dedos asoma por los ventanillos y una voz cariñosa dice: “Don Ricardo, el chocolate”.

Después del desayuno, a la cantera.

Había llovido durante toda la noche y el empinado camino de la cantera era un arroyo, el agua saltaba entre rocas de mármol nacarado con vetas azuladas, ligeras, unas como venas en mano de mujer; intensas, de lapislázuli, otras.

El camino sube recto por la falda hasta cerca de la cumbre. Allí el pico y la dinamita han roto la corcova del monte y aparece el banco de mármol magnífico.

Hermosos monolitos de aquí y allá yacen en el suelo; unos, desbastados; otros, a medio labrar.

“Este se lo puede usted llevar, si quiere”, dice el cantero Acha, señalándome un prisma de más de dos metros de grueso y otro tanto de ancho.

“Pero esto valdrá un dineral”, exclamo yo.

“Se lo cedo por nada”.

Como el lector comprenderá, a un precio tan ventajoso no es cosa de no adquirir la mercancía.

Quedó el trato hecho.

Así Fermín Leguía tendrá un pedestal de mármol gracias al desprendimiento del cantero Acha de Almandoz, que es, naturalmente, nacido en Vera.

Ricardo BAROJA

## 5

“El final del Alarde”. 2 de junio de 1918, p. 3.

Escribo estas líneas para que los amigos de Irún conozcan cómo terminó el Alarde Musical.

Eran las doce de la noche del domingo. La banda de Vera tocó el corre-calles final y los músicos, acompañados por algunos amigos, fueron a buscar el camión automóvil que les había de llevar al pueblo.

La noche rea tormentosa, había borrascas en las cabezas y borrascas en el cielo.

No sé si el tremendo *Jaizkibel* estaría lleno de idilios, como exclama Víctor Hugo, pero sí aseguro que por encima del monte enviaba el mar amenazadoras nubes que se deshacían en chubascos.

El camión automóvil de Urtizberea, enorme relucía barnizado por la lluvia, no tenía toldo. El chauffer encendió los reflectores y puso en marcha el motor, mientras los músicos y algunos más subíamos a la desamparada plataforma.

Con los paraguas abiertos hicimos una especie de empavesada análoga a la tortuga que los soldados romanos expugnadores de murallas formaban con sus escudos.

La lluvia repicaba sobre aquel caparazón de tela.

—¡Viva Irún! —gritamos a coro los de Vera.

—¡Viva Vera! —gritaron los de Irún.

El camión se puso en marcha y el poderoso motor ahogó con su ronquido los últimos gritos de despedida.

Al aumentar la velocidad todos los paraguas se inclinaron hacia adelante para oponerse al azote de la lluvia.

Las luces de Behobia quedaron atrás y el automóvil marchó zumbando camino de Navarra.

Los faroles del camión alumbraban apenas la carretera, los dos conos de la luz se desvanecían a pocos metros en la niebla delante de nosotros.

A los lados la vaga humareda de la bruma cubría el paisaje, más que caminar por la tierra parecía que navegábamos.

Reunid treinta vascongados en cualquier parte y de cualquier manera, ponedlos en la situación más desagradable que imaginéis, no impediréis que canten.

Alguien entonó un zortzico, los demás le hicieron coro, pero el compás no se avenía con el monótono roncar del automóvil. Se cantó otra cosa, las voces no se ponían de acuerdo.

Debíamos estar frente a Biritou, cuando una enorme ráfaga de luz inundó el cielo, restalló el trueno y el chaparrón pertinaz pero soportable se convirtió en diluvio.

Rodó y fue alejándose el estampido del trueno por las concavidades de los montes y otra vez surgió el monstruoso zumbido del motor y el repique de la lluvia sobre nuestras cabezas.

No sé quién encontró en el ritmo de la marcha algo que le recordara la canción lamentable del hombre que perdió la boina. Canción que no tiene más que dos palabras, dos únicas palabras eternamente repetidas:

¡Capelua, capelua, capelua galdu!

¡Galdu, galdu! ¡Capelua galdu!

Cantó la voz y todos los tripulantes del camión, que parecía navegar en mares de bruma, cantaron a coro bajo los paraguas:

¡Galdu, galdu! ¡Capelua galdu!

En el desfiladero de San Miguel, la carretera era un torrente de agua fangosa que las ruedas del camión hendían con furia.

Una exhalación cayó en la cumbre de un risco cercano. El estallido fue tremendo, seco, retumbó el eco como una colosal carraca, y el camión, inclinándose para tomar la curva, contestó a la voz del rayo:

¡Galdu, galdu! ¡Capelua galdu!

Con los relámpagos, se vislumbraba el ramaje negro de los árboles inclinado al viento. El Bidasoa turbio se retorció en remolinos de espuma y por las vertientes del monte saltaban cataratas que, a la fulguración instantánea del rayo, parecían inmóviles.

Y la canción se repetía interminable, a veces rápida, apoyándose en la trepidación del motor lanzado a toda marcha, otras veces lenta, mortecina, quejumbrosa.

¿Qué le pasó al héroe de esa canción para lamentarse así por la pérdida de su boina? ¿Cómo la perdería? Quizás al salir de la taberna en noche tan tormentosa le arrebató la boina alguna ráfaga de viento, quizás se cayera debajo del banco de la taberna mientras dormitaba y, al salir, la lluvia azotó su cabeza desnuda...

Otro rayo cercano interrumpió mis reflexiones; vi un momento, a la luz azulada, las figuras de los compañeros de viaje, inclinadas bajo los paraguas, que entonaban el eterno estribillo:

¡Galdu, galdu! ¡Capelua galdu!

Poco después pasamos el puente de Endarlaza.

La borrasca arreciaba y nuestra situación no tenía nada de envidiable. Cuando menos la mía no lo era.

Una de las varillas del paraguas vecino descansaba sobre mi hombro derecho. Yo notaba que toda la lluvia que recogía la mitad del paraguas se derramaba en mi chaqueta, llegaba al bolsillo y me disolvía los cigarros y la caja de cerillas. Por el puño de mi paraguas se deslizaba un hilito helado constante que se me metía manga adentro, se filtraba. Por el codo sobre las rodillas y, como es condición de líquidos buscar siempre la línea de máxima pendiente, iba a parar al interior de mi calzado.

Para mi consuelo, veía a la luz de los relámpagos que el compañero de enfrente recibía sobre su chaleco el desagüe de dos paraguas, lo que no era obstáculo para que el pecho que encerraba aquel chaleco se hinchara al cantar, cuando llegaba el estribillo:

¡Galdu, galdu! ¡Capelua galdu!

Cuando llegamos a Vera parecía que habíamos hecho un viaje en submarino, pero no dentro del buque sino fuera.

Afortunadamente, nuestros amigos de Irún, con una maravillosa previsión de los acontecimientos, nos habían obligado durante todo el día a ingerir líquidos productores de calorías.

Esto fue lo que nos impidió sucumbir a la furia de los desencadenados elementos.

Ricardo BAROJA

## 6

“Un acontecimiento”. 27 de octubre de 1918, p. 2.

Está visto que mi pluma se niega a relatar tristezas y, en cambio, vuela sobre el papel cuando va a contar alegrías. Si me lo permitieran, llenaría las cuatro planas de *El Bidasoa* con la narración de lo que ha ocurrido en Vera desde el sábado hasta el martes, mejor, hasta la madrugada del miércoles: Tamboril, charanga, acordeones, baile, *irrintzis* largos, muy largos, canciones; ¿canciones báquicas?, sí, es cierto, algunas extraordinariamente báquicas.

—Bueno. ¿Pero qué ha ocurrido? —preguntará el lector.



—¿Qué ha ocurrido? ¡Nada!, nada más que Román Zabaleta se ha casado. No, si ya sé que muchos dirán: imposible, ¿Román Zabaleta, Román Acha, casarse? ¿Aquél Román soltero irreductible? No puede ser.

Pues, sí señor, se ha casado el martes por la mañana. Yo mismo lo he visto arrojado con la mitad de un paño blanco sobre los hombros junto a su novia, que tenía la otra mitad del mismo paño sobre la cabeza. Yo le he visto entregar trece monedas en plena sacristía, escuchar la epístola sin pestañear, pronunciar el “sí”.

—Pero, vamos a ver. ¿Cómo ha sido eso?

—Pues nada, que había una chica que se llamaba Salomé en la casa Celaya del barrio de Illecuetua y que la chica es rubia y guapa, con ojos azules, y ríase usted de las andaluzas, que hay por acá quien sabe andar con gracia.

—Bueno, adelante.

—Bueno, pues nada, que Román vio a la Salomé y que hace ya un año que el hombre andaba pensativo, y que este verano en las fiestas bailó con la muchacha, y que hablaron, y que un día se fue a Celaya y dijo a la *echeco andre* (sic): “O me caso con la chica o me echo en manos de la grip (sic)”. Y como Román es hombre simpático, pues le dieron la chica y él se la llevó a la Iglesia y al Juzgado, y al fin del mundo se la hubiera llevado.

Pero antes hubo una despedida de soltero y un refresco para las amigas que plantaron la paloma a la puerta de Celaya; y un chico de Alcayaga, que es gran versolari, cantó coplas acompañado por Pocholo y Ganish repicando los hierros. Y después cenamos en Celaya, hombres solos, amigos y parientes del novio. Y nos sirvió la novia después de la boda, banquetazo para medio ciento de convidados, y cena para los mismos, y venga baile y zambra y alegría y tiroteo de cohetes. Y *eskudanza* desde Vera a Alzate y desde Alzate a Vera. Y venga champaña y venga jerez y venga Rioja y venga *sagardua* y vaya coñac, que me río yo de las bodas de Camacho, al lado de las bodas de Román.

Porque ha de saber usted, señor lector, que al fin de la fiesta hubo señores serios y formales que ya no lo eran, y que alguien perdió las gafas y hasta el reloj. Y caseros vi que no sabían hacia dónde caía su caserío y viejo que creía tener veinte años y bailaba el *ariñ-ariñ* como si, efectivamente, los tuviera.

Bajas que lamentar no hubo ninguna. Cada mochuelo se fue a su olivo. Eso sí, había algunos mochuelos que llevaban su mona. Extraña amistad entre bichos tan distintos.

Esto es lo que ocurrió entre el sábado y la madrugada del miércoles día 23 de octubre de 1918.

Ricardo BAROJA

## 7

“La autonomía del Bidasoa”. 8 de diciembre de 1918, p. 2.

Ayer tomé el tren en la Estación Irún-Ciudad. Éramos los de siempre, tratantes de Lesaca, de Vera y de Echalar, recaderas baztanesas, caseros, todos conocidos. En Behobia subió al vagón un tipo extraño. una enorme boina azul coronaba aquella figura dándole el aspecto de guibelurdiña. Se sentó frente a mí. Le vi sacar del bolsillo un periódico donostiarra, desdoblarlo, recorrerlo con la mirada ansiosa y, por fin, arrojarlo desdeñosamente por la ventanilla.

—Nada, no lo pone —murmuró mi compañero de viaje.

—¿Esperaba usted encontrar alguna noticia de interés? —le pregunté.

—Sí, sí señor. Esperaba ver inserto en este periódico un importante telegrama, tan importante o más que todo eso de derechos seculares y zarandajas legislativas llenas del polvo de los siglos, que no interesan absolutamente nada a nadie.

—¡Hombre! ¡Hombre!

—Nada a nadie —insistió el *chapelaundi*—. Recuerdan cosas viejas y olvidan las nuevas, las palpitantes. ¿No sé si sabrá usted que desde hace mucho tiempo, lo menos seis años, fermenta en la región bidasotarra la idea de la independencia política, administrativa y judicial y que los *leaders* de esta campaña han designado a Irún como capital de la nueva entidad geográfica?

—No sabía nada.

—Pues sí señor. Está demostrado que los habitantes de las risueñas orillas del Bidasoa pertenecen a una subraza vasca distinta de subraza navarra y de la subraza guipuzcoana. Los ojos del bidasotarra son verdes o azules de matiz especial. pues bien, siendo todo especial, el gobierno, la configuración política debe ser especial. ¿No es así?

—Así aparece.

—¡Perece, parece! ¡Es, es! Y así lo ha comprendido el comité que existe en Irún. Y ayer, ayer mismo, ha teleografiado a los periódicos de San Sebastián reclamando la autonomía más amplia para la región bidasotarra, y la separación de su territorio. Guipúzcoa, es decir, San Sebastián, no puede ser nuestra metrópoli. Pueblo cosmopolita, ha abandonado para siempre el carácter que el padre Aitor diera a los pueblos que fundara.

¿Pamplona? ¡Oh! Pamplona jamás. Pamplona pertenece a la maquetería transvelatiana. Entre un cisvelatiano y un transvelatiano encuentra usted un abismo, varios abismos. El comité está en lo cierto. Ahora que esos periódicos donostiarras no publican los telegramas que se les envían. Peor para ellos. Estamos resueltos a reclamar de los poderes públicos nuestra autonomía amplísima. Si no se concede lo que exigimos, reclamaremos a Wilson, mandaremos a un *chapelaundi* a la conferencia de paz. Esperamos que el Presidente de los Estados Unidos nos atienda tanto o más que a los

del mitin de Tolosa. Pero, si no es así, ¡guay! de los que se opongan. ¿Guay! proclamaremos el bolchevismo bidasotarra. ¡Errazu yauna! Tenemos Lenines y Troskis en cada caserío, en cada rincón. Desde Pasajes hasta Burguete, desde Bayona hasta Ulzama, arderá Troya y la verde azulada enseña que ha tomado un color de las linfas del padre Bidasoa ondeará en los picachos más altos del Pirineo y en los valles en que la niebla se derrumba en espesos blancos copos, cuando el sol concluye en carrera.

—Así dijo el chapelaundi, bajó del tren en la primera estación y ya no le vi más.

Ricardo BAROJA

## 8

“A María del Juncal Labandibar”. 1 de septiembre de 1945. p. 1.

Orilla del río verde,  
allí donde en el mar las aguas pierde,  
ha brotado la flor, y sus aromas  
de poesía son de las palomas  
el candoroso arrullo  
y de enjambre de abejas el murmullo.  
María del Juncal se llama ella,  
porque nació entre juncos, y una estrella,  
solitaria en el cielo de la tarde,  
su encanto le prestó para que guarde  
todo lo que es efluvio de poesía.  
Luces, matices, pompas y alegría,  
y hasta dolor, ensueños, amargura  
en la corola pura.

### ENVÍO

Por cima de los montes,  
a poniente recubren horizontes,  
con el agua verdosa  
que hacia el mar se desliza, ¡flor preciosa!,  
recibe este saludo del anciano,  
que al aire lanza temblorosa mano.

Ricardo BAROJA

## 9

“El vaso rajado”. 3 de mayo de 1947, p. 3.

El joven aficionado a la pintura, que me visita casi todos los días es, como se decía hace años, una *lata*. Tiene la costumbre de hacer preguntas acerca de lo que lee, de lo que ve y de lo que piensa... Y las preguntas, a veces son de este calibre:

¿Cree usted que Donatello, cuando contaba diez y seis años, pudo modelar el busto de Nicolás de Uzzano? ¿Le parece usted cierto el que la madre de los hermanos Barbarroja era española, y andaluza, por más señas? ¿Con qué clase de aceite pintaba Tiziano? ¿Con aceite de linaza o de nuez?

Lo mejor con este preguntón sería enviarle a paseo, pero como es un bonachón simpático y queda muy triste cuando no se le responde, he adoptado el modo de cortar el chorro de preguntas, dando a la primera de ellas la contestación más larga posible.

Encima del armario, en la habitación que me sirve de taller de pintura, tengo un vaso inglés de cristal tallado [ilegible], límpido. Ha estado durante años y años metido en un arcón del comedor, con otros cacharros que pertenecieron a las tías solteras de mi familia. ¿Pero, qué? ¡Si la casa entera no es más que cementerio de recuerdos familiares! Retratos al óleo, miniaturas, daguerrotipos, fotografías, relojes de máquina parada hace años, de máquina centenaria que todavía sigue midiendo nuestro tiempo, como midió el de los bisabuelos, de los abuelos, de los padres; muebles en los que por la noche suena el roer de la carcoma, y dejan caer sobre el suelo polvo amarillo.

El vaso inglés con su haz de pinceles y dos flores secas necesariamente ha de dar motivo al joven preguntón y así ha ocurrido. La pregunta me ofrece una ventaja que no es de despreciar, porque conozco la historia del vaso, y mi respuesta será lo suficientemente larga para que mi joven amigo no se dispare, por ejemplo, preguntando cuál es mi opinión acerca de la batalla de los Campos Cataláunicos, en la que fue derrotado Atila.

—Voy a satisfacer su curiosidad, joven amigo —comienzo en cuanto termine la pregunta—. Usted quizá no reconozca la vieja canción guipuzcoana que dice así:

¡En el Gaztelubide Donostiarra,  
qué sidra tan rica!  
¡Estando allí bebiendo  
mi vaso se rompió!

¿Comprende usted el sentido de la copla? ¿Sí? Pues bien, he de decirle que mi bisabuelo materno deseaba corresponder al regalo de esa avutarda, hecho por Chomin de Buenechea, patrón y condeño del quechemarín *Joven Juanita* de la matrícula de Guetaria. El desconocido pájaro, disecado en Bayona, traía en la peana una tarjeta en la que estaba escrito *Otis tarda*, es decir, Avutarda.

Sabía mi bisabuelo que Chomin era discretamente aficionado a la sidra y que llevaba siempre en la faja que le ceñía la cintura un *poto*. Sencillamente, un vaso de hojalata. Y lo llevaba Chomin, porque le repugnaba beber en los vasos de las sidrería, que más o menos enjuagados en un barreño, corrían de boca en boca.

La descarga de la piedra arenisca de Jaizquibel (sic), seguía en el muelle con lentitud, al ritmo de una vieja salmodia marinera, con palabras sin sentido, mezcladas con otras bastante indecentes, pero dichas sin malicia:

¡El cocinero, gran p...!  
¡Holandés! ¡Nachicó!  
¡Nachicó, ta nachicuando!  
¡Holandés! ¡Nachicó!  
¡Saca la botella, luego beberemos!  
¡Holandés! ¡Nachicó!

Chomin, viendo que todo marchaba bien, entró por el portal del muelle, detrás de la muralla, torció a la derecha y, cuando pasaba por delante de la Correduría de mi bisabuelo, se abrió la puerta y salieron a la acera el corredor y el capitán de un bergantín inglés surto en el muelle.

—¿Adónde va usted, Chomin —preguntó el corredor—. Dio la mano al inglés y se despidió de él.

—Ahí, a casa de la Bárbara, a tomar un par se vasitos, antes de comer —respondió Chomin.

—Espere usted un momento —dijo mi bisabuelo—. Entró en su despacho y, poquísimo tiempo después, volvía a salir. Sostenía en la mano un hermoso vaso de cristal.

—Esto es para usted —añadió el corredor naval—. Un poco se resistió Chomin a aceptar el regalo, pero, por fin, lo metió en la faja en compañía del *poto*.

Chomin fue a la sidrería. Extrajo de la faja el magnífico vaso de cristal y se lo dio a la sidrera, para que se lo llenara. Hubo una pequeña discusión acerca de la cabida del recipiente, que Chomin cortó diciendo que pagaría un *champón*... ¡Bueno, habrá que explicare a usted lo que era un *champón*! Una moneda de cobre con la efigie de alguno de los narizotas, padre o hijo, que reinaron en España, a principios del siglo XIX.

La sidra tenía buen aspecto, y las entalladuras del cristal parecían facetas de topacio, pero el gusto resultaba ácido y con deje a mohó. Chomin derramó más de medio baso en el suelo, pagó el *champón* sin protesta alguna, se echó a la calle y fue a otra sidrería. Según los aficionados, en uno de los sótanos, había sido abierta el día anterior una de las grandes cubas y la sidra, como dice la copla era *goshua*. Junto a la monumental barrica, media docena de *inteligentes*, después de mirar a trasluz, paladeaban el líquido que la Martiña servía en vasos corrientes de vidrio.

Chomin de Buenechea saludó a todos y alargó el vaso inglés a la escanciadora. Ésta lo tomó, le dio media docena de vueltas entre las manos mojadas, resbaladizas, y el vaso cayó en la bandeja colocada debajo de la espita. Dos de los vasos de la sidrería se hicieron añicos y el de Chomin se rajó de arriba abajo.

Los clientes no veían con buenos ojos el que Chomin usara baso particular de metal o de vidrio. “¡Que beba como todos en vasos de la sidrería”, decían. Por eso, cuando el vaso inglés se rajó, los clientes, irónicos, cantaron a coro la vieja copla y añadieron el estribillo:

¡Entre el crosquiti y crosquitina,  
rosa y clavelina!  
¡Mi vaso se rompió!

El indignado Chomin cogió el vaso, salió a la calle y, como una flecha, se fue al despacho del corredor

—Mire vuesa merced lo que ha hecho esa ternera de la Martiña con el vaso que me regaló su merced. ¡Lo ha roto!

—¡Qué le vamos a hacer! Le daré otro igual...

—¡No, no; no y no! Seguiré con mi *poto*, para no tocar las barbas de esos borrachos. Guarde su merced el vaso, aunque esté rajado.

Y así paso. El vaso inglés tallado quedó en la correduría de Goñi y tres meses después, cuando el *Joven Juanita*, clavado con clavazón, cadenas, anclas y arpeos, el patrón Chomin de Buenechea fue al despacho del consignatario y vio, sobre uno de los armarios, la avutarda disecada y, al lado, el vaso con una rosa y una clavelina, como dice el estribillo de una viejísima canción.

Me sirve para colocar pinceles. En mayo, para estar acorde con la copla, suelo poner en el vaso roto una rosa y una clavelina. No dirá usted, joven amigo, que no he sido explícito en la contestación a su pregunta, ¿eh?

—Si señor, se lo agradezco infinito. Ahora desearía saber la opinión de usted acerca de algo que me interesa muchísimo. ¿Cree usted que si Napoleón hubiera ganado la batalla de Waterloo...?

Ricardo BAROJA

## 10

“El metrónomo”. (Número extraordinario de San Marcial.) 28 de junio de 1952, p. 92.

Alguna vez ocurre que una persona que ha dedicado toda su energía, la vida entera, a una especial actividad, cuando llega a cierta edad, se siente impulsado en dirección distinta. El caso del señor Churchill es significativo. Hombre de estado, literato y militar, dedica intervalos del tiempo que le deja libre su peculiar actividad al ejercicio de la pintura. Y, al parecer, con éxito. En la última exposición de Bellas Artes celebrada en Londres, un distinguido pintor inglés exclamó ante las obras de Churchill: “¡Este hombre hubiera sido el mejor pintor de Inglaterra! ¡Lástima que se haya dedicado a la política!” Algo semejante, pero al revés, ocurrió en una exposición de acuarelas exhibidas en el círculo de Bellas Artes de Madrid. Un artista dijo, al contemplar una obra del señor Maura: “¡Cuánto más difícil es hacer bien una acuarela que ser presidente del Consejo de Ministros!” Por cierto que las mauristas presentes en el salón se pusieron furiosos.

Pues, a un íntimo amigo mío le pasa ahora algo peregrino. El buen señor ha llegado a los setenta años, y aun los ha rebasado, y él, que toda la vida dedicó a la pintura, a la literatura y, por qué no decirlo, a la gandulería, se siente músico. Pero músico compositor. Apenas recuerda dónde se pone el “do” en el pentagrama. Piensa este iluso que se puede llegar a escribir medianamente, sin necesidad de estudiar retórica y poética, pues el ejercicio del arte literario se hace todos los días hablando, escuchando y leyendo, y que, para dibujar y para pintar, es innecesario el maestro, y completamente inútiles las academias y las escuelas, porque la contemplación de la Naturaleza y la imitación gráfica son suficiente aprendizaje. Con la música es diferente. Para componerla y, sobre todo, para escribirla es necesario saber solfeo, tocar un instrumento y sumergirse hasta la coronilla en el complicado maremágnum de las teorías y normas musicales. Este buen amigo, que lo fue del inolvidable León Villanúa, no se atreve a seguir el procedimiento preconizado por el ínclito amigo. Villanúa pensó, y muy bien pensado está, que ni el viento ni el mar, ni el arroyo, ni la catarata estudiaron jamás métodos de música y, sin embargo, la producen, y, por lo tanto, si en un disco de cartón se practican con un sacabocados, ranuras y agujeros, puesto el disco en un arístón, se producirán sonidos, quizá tan agradables o más que los que exhalan las orquestillas con sus melodías modernas y sus “bugui-buguis” modernísimos. Como todo el mundo, ha notado que, cuando se viaja en el tren y el traqueteo sigue un ritmo determinado por la velocidad, en ese ritmo puede ser interferida una tonada que el viajero tararea en voz alta, si va solo en el departamento, “in mente”, si hay otros viajeros. La cuestión estriba, pues, en encontrar un aparato que pueda señalar toda clase de compases, desde el “largo” más tendido y dormilón, hasta el “presto” más prestísimo. El aparato existe. Es el metrónomo de Maelzel, mecánico alemán que contribuyó con el aparatito a que Beethoven y su sobrino se tiraran los trastos a la cabeza. Este Maelzel, quizá su padre, inventó otro artefacto, que, según Edgar Poe, no tenía nada de mecánico y sí mucho de falsificación, el “jugador mecánico de ajedrez”.

Es difícil, actualmente, adquirir el metrónomo de Maelzel en los almacenes de música, los compositores no lo necesitan y mi pobre amigo se ha agenciado un aparato bastante viejo, pero que le sirve muy bien. Abre la tapa de esta especie de pequeño obelisco, gradúa el centro de gravedad del péndulo, da cuerda al muelle que pone en movimiento el mecanismo de relojería, el tic-tac comienza a sonar, el improvisador músico tararea la melodía que le sugiere el compás, y allá van al aire polkas, valeses, pavanas, boleros pasacalles y marchas guerrearas o procesionales. Desconsolado estaba mi amigo, porque no sabía fijar en el pentagrama ninguna de las improvisaciones. De chico, le pusieron sus padres profesor de música, un estudiante de cura que llegó a ser buen organista; pero el discípulo creía que de lo que se trataba era de martirizarle, obligándole a solfear las lecciones de Eslava y de Santesteban. Ahora ya no se preocupa, ¿qué importa que una obra de arte permanezca en este mundo más o menos tiempo? Un minuto, un día, un siglo, mil años, tan insignificantes son comparados con el tiempo infinito. ¡Cuántas obras humanas realizadas con pretensión de que fueran eternas han desaparecido sin dejar rastro! Aquel predecesor de los Baedeker y los Joanne, editores de guías de viajeros; Pausanias cita y describe maravillas arquitectónicas,

pictóricas, de las que no queda apenas un recuerdo, no ya las señales que suscitan en Rodrigo Caro esplendores de Itálica. ¿Qué importa, pues, que la tonadilla, tarareada por la voz ronca de un viejo, suene mientras el metrónomo marca el compás y se desvanezca? ¿Vale menos que la partitura consignada en el papel pautado que, en el fondo del archivo, duerme hasta ser carcomida por el lepisma o hasta que la barbarie humana pegue fuego al edificio y se convierta en ceniza lo que haya dentro? Mi amigo canta lo mismo que hablaba Sócrates. Es verdad que mi amigo no cuenta con un Platón ni ningún Jenofonte que ponga en solfa sus improvisaciones. Canta... ¿Por qué canta? Ya lo dijo el poeta y amigo Godoy Sola:

Y canto porque quiero.  
Se pare o no el viajero  
mis cantos a escuchar.

Ricardo BAROJA

## 11

“El fanal del pirata”. 6 de septiembre de 1952, p. 5.

El capitán pirata, viejo cuervo marino,  
sobre la astilla muerta, deja roto el fanal.  
Alumbró con sus llamas un sangriento destino,  
para quedar deshecho, no servible al final,  
concluida la lucha, terminado el camino.  
Tiene abollado el cerco de ruidoso metal,  
que sostenía antes, contorneado y fino  
las rajadas ahora, láminas de cristal.  
La mecha, requemada, por el antiguo ardor,  
y en su negro agujero moribunda palpita  
como de una luciérnaga, cárdena lucecita,  
pero, de cuando en cuando, renace un resplandor,  
que rompe las tinieblas y descubre el hervor  
de las aguas inquietas en la mar infinita.

Ricardo BAROJA

## 12

“Aguafuerte Goyesca”. 5 de octubre de 1952, p. 5.

Un chaquetón disforme de grueso paño burdo,  
colgando hasta el zancajo, del rollizo hombro izquierdo,  
y a modo de balanza, sobre el hombro no zurdo,  
los sangrientos despojos de más de medio cerdo.  
Las greñas sombreaban el rostro del palurdo,



la expresión es imbécil, de cínico y de lerdo,  
que suscita en la mente la facha de un absurdo  
mascarón, conservado en pretérito recuerdo.  
Tenía como fondo los peñascos de un fiordo  
norteño y caminaba con vacilante y sorda  
pisada de las patas hinchadas de un buey gordo.  
Podía figurar esta estampa en la horda  
de los monstruos grabados por el sublime sordo,  
que en un campo de cobre, cimas de gloria aborda.

Ricardo BAROJA

## II

### PÍO BAROJA

“Un homenaje a Mr. Ilardoy (sic) y unas cuartillas de Baroja”. 20 de julio de 1930, p. 1. \*

Señores: en representación del alcalde de Vera, aquí presente, voy a decir unas palabras.

Nuestro alcalde quiere asociarse a la manifestación en favor de monsieur Ilardoy, alcalde de Biriatu, a quien el gobierno francés concede la cruz de la Legión de Honor.

Vera es hermana y vecina de Biriatu; los dos pueblos se miran en el Bidasoa desde la misma orilla. Vera desde el valle, Biriatu desde su altura; los dos pueblos están dominados por las cimas de monte Larrun.

Hace cerca de ciento cincuenta años, en tiempo de la Revolución, españoles y franceses se batieron en esta plaza, lucharon por poseer esta iglesia edificada sobre las ruinas de un castillo de Ricardo Corazón de León. Se batieron con bravura y Latour-d’Auvergne, el primer granadero de la República, intentó romper con un hacha las puertas del templo en donde se refugiaron los españoles.

Después todavía, cuando las guerras de Napoleón, lucharon españoles y franceses con ardor, y desde este mirador de Biriatu se vieron seguramente matanzas e incendios.

Luego los vascos de aquí y los vascos de allá se vieron como vecinos, como amigos, y los pastores de una zona llevaron a pastar sus rebaños a los prados de la otra.

Esta fraternidad será ya eterna, no la turbará la política exclusivista de los gobiernos. Quizá todavía, si Europa se organiza como Estados Unidos, el País Vasco, aunque pequeño, pueda eliminar su mala suerte de ser un pueblo cortado y dividido.

Hay un bello proverbio vasco que dice: *Curagia ona izutzen du ventura gaiztoa*.

Al saludar en este momento al alcalde de Biriatu en nombre de Vera, extendemos nuestro saludo a todo el pueblo vascofrancés.

\*Encabezamiento en el periódico:

“Días pasados celebrese en Biriatu un homenaje en honor de Mr. Ilardoy a quien el Gobierno francés ha concedido la legión de honor. Sus 65 años de concejal y la labor realizada a la frente del Ayuntamiento durante 23 años que lleva de alcalde —de alcalde popular—, demuestran el cariño y confianza que en él tiene depositada la población de Biriatu, haciéndose acreedor a la recompensa de su gobierno y a las generales felicitaciones, entre las que no puede faltar la de *El Bidasoa*, muy cordial.

En dicho homenaje, al que asistieron los alcaldes de la cuenca bidasotarra, asistió también don Pío Baroja, quizás como Presidente de la República del Bidasoa, el cual leyó unas cuartillas que con gentileza, que agradecemos todos los de esta casa, nos envía para su publicación”.

## 7. Bibliografía

- AGUIAR BAIXAULI, Silvia. *La obra literaria de Ricardo Baroja*, Madrid, Editorial Complutense, 2003.
- ANCOS MORALES, Beatriz de. *Pío Baroja: Literatura y periodismo en su obra*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1998.
- AZANZA LÓPEZ, José Javier. “Escultura conmemorativa en Navarra en torno al cambio de siglo: origen y consolidación del género”, *Ondare* 23, 2004, pp. 385-399.
- BAROJA, Carmen. *Tres Barojas*, Pamplona, Pamiela, 1995.
- BAROJA, Pío. *Bagatelas de otoño* (1949), Madrid, Caro Raggio, 1983.
- BAROJA, Pío. *Momentum catastrophicum*, Madrid, Caro Raggio, 1919.
- BARONA MARTÍNEZ, Carlos. “Ricardo Baroja y *La Tierra*: una política anarquista”, en Miguel Ángel Ruiz Carnicer y Carmen Frías Corredor (coords.): *Nuevas tendencias historiográficas e historia local en España: Actas del II Congreso de Historia local de Aragón*, Zaragoza, Instituto de Estudios Aragoneses, 2001, pp. 191-204.
- CARO BAROJA, Pío. *Crónica barojiana*, Madrid, Caro Raggio, 2000.
- DÍAZ NOCI, Javier. *Historia del periodismo vasco, 1600-2010*, Donostia, Eusko Ikaskuntza, 2012.
- GARCÍA DE JUAN, Miguel Ángel. “Ricardo Baroja, *El Imparcial* y el debate del Estatuto de Cataluña de 1932”, *Sancho el Sabio: Revista de cultura e investigación vasca*, n.º 39, 2016, pp. 91-116.
- GARCÍA DE JUAN, Miguel Ángel. “Última gavilla de textos desconocidos de Pío Baroja”, *Boletín de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País*, LXX, 1-2, 2015, pp. 411-446.

- GÓMEZ APARICIO, Pedro. *Historia del periodismo español*, vol. IV, Madrid, Editora Nacional, 1981.
- MAINER, José-Carlos. *Regionalismo, burguesía y cultura: Revista de Aragón (1900-1905) y Hermes (1917-1922)*, Zaragoza, Guara Editorial, 1982.
- MARTÍN CRUZ, Salvador. *Victoriano Juaristi Sagarzazu (1880-1922). El ansia de saber. Datos para una biografía*, Pamplona, Departamento de salud del Gobierno de Navarra, 2007.
- NAVAS, Emilio. *Irún en el siglo XX. Monografía I (1900-1936)*, San Sebastián, Sociedad Guipuzcoana de Ediciones y Publicaciones, 1977.
- NAVAS, Emilio. *Irún en el siglo XX. Monografía II (1936-1959)*, San Sebastián, Sociedad Guipuzcoana de ediciones y Publicaciones, 1981.
- PABLO, Santiago de. *La patria soñada. Historia del nacionalismo vasco desde su origen hasta la actualidad*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2015.
- RINA SIMÓN, César. “La invención nacional en la revista *Hermes*, 1917-1922”, *Actas del III encuentro de jóvenes investigadores de la AHC*, Vitoria, UPV-AHC-Valentín Foronda, 2012, pp. 1-23.
- SÁNCHEZ-OSTIZ, Miguel. *Pío Baroja, a escena*, Madrid, Espasa Calpe, 2006.
- SEOANE, María Cruz y SÁINZ, Dolores. *Historia del periodismo en España*, vol. 3, Madrid, Alianza, 1996.
- SUÁREZ CORTINA, Manuel. *La España Liberal (1868-1917). Política y sociedad*, Madrid, Síntesis, 2006.